

PASTORES CON OLOR A CRISTO

A lit matchstick is shown vertically, with a bright orange and yellow flame at the tip. From the flame, a plume of smoke rises, transitioning through a spectrum of colors: yellow, green, cyan, blue, and purple. The background is dark, making the colors of the smoke stand out.

Oswaldo Rebolleda

PASTORES CON OLOR A CRISTO



Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
La carga de un llamado legítimo.....	11
Capítulo dos:	
Dando todo por las ovejas.....	25
Capítulo tres:	
El buen Pastor es un buen Hijo.....	39
Capítulo cuatro:	
Queriendo abandonar el ministerio.....	57
Capítulo cinco:	
La importancia de vivir tiempo completo.....	72
Capítulo seis:	
Impregnados de Su aroma.....	86

Capítulo siete:

Intimidad es efectividad.....97

Conclusión final.....111

Reconocimientos.....116

Sobre el autor.....118

INTRODUCCIÓN

“Jesús le dijo a Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas.”

Juan 21:16

En su primera homilía en la Basílica de San Pedro, ante cardenales, obispos, arzobispos, mil seiscientos sacerdotes y cientos de fieles de todo el mundo, el ya fallecido papa Francisco sorprendió a todos con un fuerte llamado a los sacerdotes: a no ser simples gestores ni intermediarios tristes, sino a ser “pastores con olor a oveja”, en medio de su rebaño.

Una editorial católica recopiló una antología de las homilías, discursos, cartas pastorales y mensajes dirigidos a los sacerdotes por el papa Francisco, publicando un libro titulado: “Sed pastores con olor a oveja”.

Es lógico que las palabras de Francisco hayan sido popularizadas, ya que la atención de los medios de comunicación sobre los dichos de un papa genera una difusión global. Sin embargo, unos cinco años antes, un pastor protestante llamado David Ocasio, de la Iglesia Pentecostal Asamblea de Dios de Puerto Rico, ya había escrito un libro titulado “Olor a ovejas”, haciendo referencia

al compromiso que debe asumir todo aquel que tenga un llamado al pastorado.

No tengo ninguna simpatía por la Iglesia de Roma ni por ninguno de sus nefastos personajes contemporáneos. Tampoco conozco al pastor pentecostal que escribió este libro citado, pero esta expresión refleja muy bien el ministerio pastoral comisionado por Dios. Sin duda, la función de todo pastor es estar al lado de las ovejas que le han sido asignadas, y es posible que, como resultado de su interacción con ellas, terminen impregnados con su aroma.

Las ovejas tienen un olor característico, y al convivir con ellas, ese olor se impregna y se vuelve parte del pastor. La metáfora sugiere que, si un pastor no huele a oveja, podría significar que no está siendo fiel a su llamado. Todos podemos entender esto. Aunque predicar y enseñar son funciones fundamentales del ministerio pastoral, guiar y estar presente con las ovejas es esencial para ser un verdadero pastor.

Esto es necesario aclararlo, porque este libro no pretende criticar ni contradecir estos conceptos, sino añadir algo que considero absolutamente fundamental. Hace ya varios años que mi responsabilidad en la Iglesia del Señor consta de dos tareas principales: oficiar como maestro de la Palabra para los santos del cuerpo de Cristo, y realizar un trabajo de asesoramiento apostólico a varios matrimonios pastorales.

Hoy en día ya no ejerzo el ministerio pastoral en una congregación, pero lo hice por más de dos décadas y en esos años también adquirí muchas enseñanzas. Por tal motivo, en el desarrollo de cada capítulo me identificaré como pastor, porque incluso el trabajo apostólico está relacionado no solo con los diseños divinos, sino también con ser un pastor para los pastores y sus familias.

Es por todo lo vivido como pastor de muchos hermanos y de varios matrimonios pastorales, que hoy en día puedo enseñar con autoridad sobre este tema, y decir que si hay algo que considero esencial, es que los pastores, antes que nada, determinen impregnarse del grato aroma de Cristo, para luego enfrentar toda tarea ministerial.

Estoy persuadido de que el ministerio pastoral sería muy fácil... si no fuera por la complejidad de las personas. De hecho, no se puede trabajar con gente sin advertir que todos desprendemos un aroma especial que refleja nuestras características, sean buenas o malas. Nadie puede decir que no impregna el ambiente donde se encuentra, ya sea de forma positiva o negativa.

Jesucristo nos dio el máximo ejemplo de lo que significa servir a los demás, pero también nos enseñó a dar prioridad a una profunda comunión con el Padre. Él era Dios, y se hizo hombre sin perder su divinidad. Esto lo llevó a convivir en dos dimensiones completamente distintas, demostrándonos que se puede ser normal y, al mismo tiempo, ser espiritual, santo y ungido.

Jesús era tan especial que no tuvo reparo en ser conocido por sus discípulos y convivir con ellos como un hombre común. La grata impresión que Jesús dejó en Juan fue tan profunda que, en su primera carta, enfatizó de qué manera sus sentidos tuvieron contacto directo con Él:

“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.”

1 Juan 1:1 al 3

Si alguien tenía derecho a mantenerse alejado del olor de los pecadores, ese era Jesús. Pero Él no solo no se alejó de ellos, sino que convivió con ellos durante treinta y tres años consecutivos. No hay duda de que, si un pastor desea aprender de su Maestro Jesús, debe involucrarse con las personas, interactuar con ellas y permitir que, muchas veces, el complejo aroma de sus problemas lo invada. Pero hay algo que jamás debe descuidar, y esto también lo enseñó Jesús: Conservar ante todo y ante todos, un grato aroma de Dios.

Este libro no pretende refutar el acertado concepto de no huir del olor a ovejas. Pero sí contiene una fuerte

exhortación a todos los pastores: *“Busquen primeramente el aroma de Cristo y gobiernen los ambientes con Su perfume, en lugar de resignarse al aroma del rebaño, al punto de convertirse en una oveja más...”*

“Porque para Dios nosotros somos el aroma de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden.”

2 Corintios 2:15 (NVI)

El llamado a pastorear no es solo un llamado a cuidar, alimentar y proteger, sino a reflejar a Cristo en todo momento. No basta con hacer bien una tarea, si primero no procuramos manar el grato aroma a Cristo. Porque solo el que ha sido impregnado de Su presencia puede marcar una diferencia real en medio del rebaño. Este libro nace con ese anhelo: ayudar a los siervos de Dios a ser pastores con olor a Cristo, para que desde esa fragancia transformadora puedan pastorear con sabiduría, gracia y poder del Espíritu.

Todo hijo de Dios debería leer este libro, sobre todo si tiene un llamado ministerial, si ocupa una posición de liderazgo en alguna congregación, o si está ejerciendo algún ministerio. Estoy persuadido que es urgente, por causa de los tiempos que vivimos, que todo siervo de Dios cultive una íntima comunión espiritual, en pos de ser lleno de la presencia de Dios.

Nadie debería intentar servir a Dios, si primeramente no es impregnado con Su aroma, y eso no se consigue a través del voluntarismo laboral, ni participando en algún seminario,

sino invirtiendo tiempos de calidad para sumergirnos profundamente en la presencia del Señor, y este libro nos desafiará en la búsqueda de esa intimidad.

“Disfruta de la presencia del Señor, y él te dará lo que de corazón le pidas. Pon tu camino en las manos del Señor; confía en él, y él se encargará de todo; hará brillar tu justicia como la luz, y tu derecho como el sol de mediodía.”

Salmos 37:4 al 6 RVC

Capítulo uno

LA CARGA DE UN LLAMADO LEGÍTIMO

“Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto.”

1 Pedro 5:1 y 2

En la Biblia podemos encontrar tres términos diferentes para nombrar a los pastores: “obispo”, que en el griego es la palabra “*epískopos*”; “anciano”, cuya palabra griega es “*presbíteros*”, que también significa “blanco en canas”; y “pastor”, traducido de la palabra “*poimén*”.

En este pasaje de la primera carta de Pedro, vemos a los ancianos (*presbíteros*) siendo exhortados a apacentar (*poimainō*) y cuidar (*episkopeō*) de la grey. Tres términos

diferentes para describir la tarea de una misma persona, que hoy definimos claramente como “pastor”.

Lo primero que debemos definir es: ¿por qué alguien puede llegar a ser pastor? Ciertamente hay muchos motivos por los cuales, hoy en día, algunos terminamos ejerciendo el pastorado; pero el único motivo por el cual alguien debería ejercer el ministerio pastoral es a través de un llamado genuino de Dios.

Los seminarios no forman ni ordenan pastores. Pueden formar la mente respecto de las responsabilidades ministeriales, desarrollar el conocimiento bíblico y perfeccionar habilidades de oratoria, pero solo el llamado divino puede legitimar a un pastor.

Por su parte, la iglesia local puede ser una buena escuela para formar pastores, pero tampoco puede generar un llamado. La necesidad de obreros siempre existe, y eso suele provocar que todo aquel con buena voluntad y actitud de servicio sea postulado al pastorado. Sin embargo, eso no debería ser así. La necesidad no debería ser jamás el fundamento de un llamado.

Hoy en día, muchos ministerios trabajan con sistemas de células y encuentros, lo cual genera una mayor activación en el liderazgo. Esto está entrenando a muchos, no solo en el conocimiento bíblico, sino también en el trato con las personas. Así, se va formando un corazón pastoral al tener contacto con personas que pueden ser difíciles y tercas, con

quienes deben trabajar y a quienes aprenden a discipular con amor.

Estos líderes, que practican ese pastoreo durante algunos años, suelen terminar a cargo de una obra o abriendo su propia congregación. Pero, más allá de las capacidades desarrolladas, muchos de ellos no responden a un llamado divino. Esto no implica que no puedan realizar su tarea, ni que estén haciendo algo malo. Seguramente lo hacen con las mejores intenciones. Pero en el Reino no deberíamos movernos de esa manera.

En la madurez espiritual, todos debemos servir al Señor y discipular a los hermanos que llegan. Sin embargo, ejercer el pastorado en una congregación debería estar reservado solo para aquellos con un llamado legítimo. Lo considero así porque bíblicamente esto es claro: ***“El que descendió es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. Y él mismo constituyó...”*** Observemos que es Él quien llama y constituye: ***“A unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos...”*** (Efesios 4:10 al 12).

Esta constitución divina no solo es importante por causa del gobierno mismo, sino que además es otorgada junto con una carga fundamental para la función, y con determinadas capacidades que solo Dios puede impartir soberanamente. El pastorado no es fácil. Sin una carga capaz

de sostener una pasión hasta el fin, y sin un corazón equipado por el cielo, es muy difícil perseverar de manera efectiva.

Cuando el Señor llama a un misionero, primeramente trata con su corazón. Le pone un amor especial por una determinada nación, un interés y una carga por sus habitantes, y luego lo equipa con los dones necesarios para enviarlo. Cuando llama a un evangelista, le pone una carga muy especial por los perdidos, así como también lo equipa con dones particulares.

Cuando llama a un maestro, lo forma durante años, le otorga una carga por la enseñanza, así como sabiduría y habilidad para ejercer el magisterio entre Su pueblo. Es decir, cuando el Señor llama a un hijo al servicio, le otorga una porción especial de Cristo para ejercer esa tarea. Esto es exactamente lo que ocurre con los pastores.

Esto no debe ser de otra manera, porque el único verdaderamente eficiente es Cristo. Él es el Buen Pastor, el apóstol, el profeta, el evangelista, el maestro, el misionero, el mismo Cuerpo y el que hace todo. No somos nosotros haciendo cosas para Dios; es Él quien desea hacer todas las cosas a través de nosotros. Por eso, la efectividad está garantizada solo en el llamado y la capacitación divina.

Cuando la gracia del Señor alcanzó mi vida, fui impactado de manera muy especial, con una conversión sobrenatural. Estando solo en mi negocio, experimenté una

manifestación gloriosa del Señor, que me liberó y me llenó del Espíritu Santo de forma extraordinaria.

Esto me dejó absolutamente quebrantado, y lloraba a toda hora. Por eso, deseando más de lo que había experimentado, comencé a congregarme en una iglesia pentecostal a la que asistía mi familia. Todo me parecía hermoso y estaba tan conmovido, que el pastor me pidió compartir brevemente mi testimonio, y lo acompañé con una porción de la Escritura.

Cuando el pastor me escuchó, me llamó a su oficina y me preguntó de dónde había sacado lo compartido, y cómo había entendido ese pasaje de Eclesiastés. Le expliqué que simplemente lo había leído y que era lógico entenderlo de esa manera, porque estaba muy claro. Pero él me dijo que no era así, que lo que había hecho no era algo común.

En ese momento no lo vi de esa manera, y me sorprendieron sus palabras. Sin embargo, una semana después ya estaba compartiendo una palabra con los jóvenes de la congregación. Los líderes de la iglesia afirmaron sin dudar que tenía un llamado de Dios, y cada profeta que visitaba la congregación me llamaba y me daba una palabra al respecto.

Yo no me veía en ese rol, ni estaba buscando tal cosa, porque aún no comprendía la dinámica de la Iglesia, ni siquiera el panorama bíblico. Pero un par de años después ya estaba predicando por todos lados como evangelista, incluso

trabajando tiempo completo para Dios, ya que vendí mi negocio y me dediqué de manera absoluta al ministerio.

Siempre busqué confirmación de los pasos a dar, y el Señor me habló claramente de mi llamado y de Su voluntad al respecto. Aun así, me encantaba predicar la Palabra, pero no sentía la típica carga de un evangelista. Cumplía mi tarea y predicaba en campañas, evangelizaba en las calles y visitaba a quienes estuvieran necesitados, pero mi mensaje no era evangelístico.

Me costaba mucho preparar un mensaje netamente evangelístico. Lo procuraba, pero me salían mensajes de edificación para la Iglesia. Al tiempo comencé a fluir proféticamente, y me invitaban a todos lados como profeta, pero tampoco me sentía cómodo con ese rol, porque fundamentalmente, me apasionaba la enseñanza.

Luego de casarme, el Señor nos habló de comenzar a pastorear, pero eso era algo que ninguno de los dos deseábamos hacer. De hecho, nos habíamos comprometido entre nosotros a no aceptar un pastorado. Sin embargo, el Señor nos habló una noche tan claramente a los dos, que no tuvimos otra opción que comenzar una célula en nuestra casa y fundar una obra que aún persiste.

Personalmente no dejé de viajar y ejercer mi ministerio itinerante, pero el pastorado me enseñó muchísimas cosas durante más de veinte años. Aun así, yo no sentía la carga necesaria por el pastorado. El Señor me decía que me estaba

enseñando y preparando para lo que debía hacer en el cuerpo de Cristo, más allá de nuestra congregación.

En el pastorado vivimos procesos increíbles y muy difíciles. Sin embargo, en esos duros procesos, el Señor me hablaba y me decía que estaba en una escuela, que me estaba enseñando para ejercer efectivamente una tarea que me sería asignada con el tiempo.

Personalmente no entendía mucho eso, porque aún no lo veía. Pastoreaba en mi ciudad, pero delegaba esa tarea al copastor, quien hoy es el pastor principal de esa iglesia. Enseñaba en los viajes, hasta que fui reconocido y ungido como maestro de la Palabra en el año 2013, y como apóstol en el año 2015, por un presbiterio profético y un equipo ministerial apostólico.

Hoy en día comprendo todos los procesos y ejerzo con plenitud mi llamado ministerial. Soy maestro de la Palabra para el cuerpo de Cristo, y desarrollo mi apostolado con varios pastores a quienes asesoro y ministro de manera personal y familiar. Con todo esto, solo pretendo dejar en claro que el llamado es del Soberano y que los procesos nos van preparando más allá de los estudios teológicos que podamos realizar.

El llamado pastoral es puesto en nuestro espíritu por el Señor mismo, y es algo de lo cual no nos podemos despojar, porque es irrevocable (**Romanos 11:29**). Se convierte en parte de nuestra vida, de nuestro existir, de nuestra

naturaleza. Es como un fuego que arde en nuestro interior, y no hay forma de evitarlo (**Jeremías 20:7 al 9**).

Jamás he pretendido obtener un ministerio determinado; de hecho, luché en mi mente y en mi corazón ante cada compromiso que debía asumir. Pero fui como acorralado por el Señor para realizar la tarea que Él fue determinando a cada paso. Sin un llamado espiritual no hay carga, ni dones, ni talentos o capacidades asignadas por el Señor.

Debo reconocer que, en nuestro contexto latinoamericano, debido en primer lugar a la impureza doctrinal en nuestras iglesias, hay una gran cantidad de pastores que han llegado a su puesto de autoridad sin un llamado y sin una preparación suficiente. Algunos están cargados de buenas intenciones, pero solo repiten cosas que en alguna ocasión escucharon. Esto no debe continuar si deseamos que nuestras naciones sean transformadas.

El llamado, la impartición divina, la capacitación teológica, la humildad y la santidad son claves para la gestión de un ministerio pastoral efectivo. Hay una lamentable disminución del estándar para ser pastor que impera en nuestras iglesias. No me puedo imaginar a una persona aceptando ser intervenida quirúrgicamente por un simple practicante, o por alguien cargado solo de buenas intenciones.

Personalmente, no me subiría a un avión si me informaran que el piloto es un principiante que aún no tiene siquiera una habilitación legal. No me dejaría atender por un odontólogo, que por las mañanas trabaja de albañil buscando un mayor rédito económico; solo quisiera que me atienda un profesional capacitado. Y en la Iglesia esto debería ser igual.

En la Biblia tenemos algunos lineamientos claros sobre los requisitos que deben tener los ministros del Evangelio, pero con frecuencia son pasados por alto. Esto ha provocado una falta de respeto por la función pastoral. En muchas regiones de Latinoamérica he observado una lamentable desconfianza hacia los pastores, y una falta de respeto y admiración por ellos, debido al estilo de vida que llevan algunos, o a la forma en que otros ejercen sus tareas ministeriales.

Por otra parte, aclaro que hay personas con diplomaturas y doctorados académicos que son emocionalmente inmaduros. Por lo tanto, no solo estoy hablando de la capacitación teológica que debemos procurar los ministros, sino fundamentalmente del llamado y de la activación de todo equipamiento divino. Esto va ligado a la manera en que se vive la vida en todos los ámbitos: en el matrimonio, como padres, como administradores y como personas en general. Todo habla de nuestro nivel de madurez y capacidad espiritual para ejercer un servicio.

El mayor problema de los pastores bien intencionados no es, en primer lugar, de tipo intelectual. En algunos casos,

sí lo es, debido a la falta de preparación, pero otros pueden poseer una licenciatura, una maestría o incluso un doctorado, sin que esto sea un indicativo de haber sido tratados por los procesos de santificación divina. De hecho, en algunos, el mucho conocimiento solo ha producido envanecimiento, mayor ceguera y menor sensibilidad espiritual.

Un pastor necesita más que solo entendimiento de la verdad: necesita sabiduría espiritual para vivir en relación con otros piadosamente, complaciendo a Dios conforme al conocimiento que ha adquirido, ya sea en el seminario teológico o en la Iglesia local.

La mente de un pastor debe ser regenerada, pero su corazón debe ser reclamado diariamente por el Señor. El mundo está lleno de seducciones, atracciones y distracciones que procuran reconquistar ciertas áreas de nuestro interior. Por esta razón, el corazón de todo pastor debe permanecer rendido al Señor si desea ser verdaderamente efectivo.

Ser discípulo de Cristo es algo serio; ser pastor de los discípulos es todavía más serio. Reitero: Nadie debería procurar el ejercicio del ministerio pastoral sin un llamado legítimo y sin una capacitación adecuada, tanto en el aspecto intelectual como en el personal. La capacitación espiritual mediante los procesos divinos es fundamental.

Cualquiera puede hacerse cargo de una célula o de un área de servicio, pero no cualquiera debería poner la cabeza para ser levantado como pastor a cargo de una congregación.

No digo esto para evitar que sean nombrados quienes tienen el anhelo de servir; enseñó esto porque, si esos hermanos no tienen el llamado del Señor, no podrán soportar la hostilidad espiritual de la tarea. No será para ellos una carga espiritual, sino una sobrecarga que puede llegar a ser destructiva.

En mi libro titulado: “Pastores recargados”, presento unas estadísticas que no solo son lamentables, sino también muy dignas de temor. En ese libro trato el tema de las asignaciones y, por supuesto, expongo conceptos que vuelvo a mencionar en este libro, por lo tanto, les recomiendo que puedan leerlo, ya que complementa perfectamente este material.

Ahora bien, entendido esto, debo decir que no me gusta desarrollar en la gente una mentalidad de oveja, sino de hijos del Rey, ciudadanos del Reino, reyes y sacerdotes. Sin embargo, el concepto de rebaño o de ovejas del Señor sirve para la edificación de ciertos principios, por eso Jesús lo utilizaba, y no podemos hacer otra cosa que respetar eso.

Comencé este capítulo citando el pasaje de **1 Pedro 5:1 al 3**, donde Pedro dice: *“Apacentad la grey de Dios”*. Esto es pastorear una iglesia. Claramente, en la cultura agraria del mundo antiguo, esta metáfora del pastor y su rebaño era perfectamente entendible, y debe ser profundamente clara para nosotros, porque hablar de pastores con olor a Cristo no pretende anular la intensa tarea que debe realizar todo pastor con su gente.

La responsabilidad de los pastores no se trata solo de alimentar al rebaño o entretenerlo, sino de cuidarlo, protegerlo y guiarlo. La palabra apacentar lleva consigo la idea de supervisar, nutrir y proteger. El pastor es responsable del bienestar integral de sus ovejas, no solo de su alimentación espiritual o física, sino también de su seguridad y crecimiento.

Un agregado muy interesante que el apóstol Pedro hace, es una advertencia clave para nosotros: la grey no pertenece al pastor, sino a Dios. El genitivo utilizado en *“la grey de Dios”* indica posesión o pertenencia. Lo que Pedro quiere dejar en claro es que las ovejas son del Señor, y los pastores son solo sus siervos, ejerciendo un cuidado temporal.

En el contexto judío, los que velaban por el rebaño eran originalmente los líderes de la nación. Luego, en tiempos de apostasía, se esperaba un Pastor mesiánico, que fue el ignorado Jesucristo (**Ezequiel 34:23**). Esta metáfora se arraigó en la tradición cristiana primitiva, con Jesús representándose a sí mismo como el pastor del rebaño (**Mateo 15:24; Marcos 6:34; Juan 10:1 al 18**).

Esa misma misión es la que los pastores deben cumplir en un sentido delegado por el “Príncipe de los pastores”. Este reconocimiento coloca una profunda responsabilidad y privilegio sobre la función que Dios ha delegado en aquellos que ha llamado a pastorear a su pueblo. Al considerar que la

grey es propiedad de Dios, reconocemos que somos administradores del rebaño que pertenece al Buen Pastor.

Esto implica que no se nos ha dado autoridad para ejercer dominio sobre las vidas de los creyentes, sino una responsabilidad sagrada de guiarlos en la verdad, con compasión y fidelidad. Pedro agrega que los pastores deben cuidar de la grey, usando la palabra griega “*episkopeo*” que mencioné anteriormente, y que implica supervisar, vigilar con diligencia y cuidado. Esta palabra refleja el rol de un vigilante amoroso, alguien que observa con atención y discernimiento, para asegurarse de que las ovejas estén seguras y saludables.

Un buen pastor está presente en la vida de su comunidad. No es distante, no aparece solo los domingos detrás del púlpito. Es alguien que camina junto a las personas, que las conoce por sus nombres, que entiende sus luchas y que las dirige hacia el Señor en cada etapa de su vida; que ora junto a ellas, ministrando la Palabra de Dios a sus corazones. Esto debe hacerse con diligencia, pero cuidando siempre la comunión espiritual con el Señor.

No se puede ser un buen pastor sin pasar tiempo con las ovejas, y no se debería estar con las ovejas sin haber pasado tiempo con el Buen Pastor. Cuando somos impregnados por el olor de Cristo, las ovejas no pueden anular ese aroma. Este es el principio que promulgo: debemos estar con la gente, pero debemos ser un grato aroma a Cristo por sobre todas las cosas (**2 Corintios 2:15**).

“Porque Dios no es injusto como para olvidarse de las obras y del amor que, para su gloria, ustedes han mostrado sirviendo a los santos, como lo siguen haciendo”.

Hebreos 6:10

Capítulo dos

DANDO TODO POR LAS OVEJAS

*“Si alguno me sirve, sígame; donde yo esté, allí también
estará mi servidor. Si alguno me sirve, mi Padre lo
honraré”.*

Juan 12:26

Los pastores somos administradores y no propietarios de la Grey del Señor. Por tanto, la función del pastor es vigilar con amor y perfeccionar a los santos a través de la impartición espiritual. El cuidado y la vigilancia amorosa implican estar alerta a las amenazas espirituales, como las falsas enseñanzas o las tentaciones que pueden desviar a los hermanos.

Esto requiere discernimiento, sabiduría y sobre todo, un corazón comprometido con el bienestar de los hermanos, dispuesto a intervenir cuando sea necesario para protegerlos de todo mal. Sin duda, la pastoral es una tarea difícil, porque ejercerla implica lidiar indirectamente con los problemas generales de todas las personas.

No es que los pastores deban resolver los problemas de todos los hermanos, sino que deben sobrellevar los estados emocionales de todos, porque la gente llega afectada, para bien o para mal, conforme a las situaciones que puedan estar viviendo en el hogar, en el trabajo o en los ámbitos de la sociedad en los cuales se mueven habitualmente.

Como vimos en el capítulo anterior, el ministerio siempre debe ser motivado por el mismo llamado de parte del Señor, nunca por obligación institucional. Y esto es crucial, ya que a menudo las presiones del ministerio, las expectativas de los demás, o incluso las responsabilidades cotidianas, pueden hacer que un pastor sienta que su labor es una carga difícil de sobrellevar. Eso no debe recaer sobre la gente, sino que debe ser depositado a los pies del Señor.

Cuando tenemos claro que el Señor es el que nos ha llamado, evitamos soltar sobre la gente la frustración y el agotamiento que suele generar el ministerio. No conozco a ningún pastor que no haya pasado por estos estados anímicos, porque lidiar con las adversidades de la vida y con las complejidades de los seres humanos es algo verdaderamente difícil.

Como vimos en el pasaje citado anteriormente, Pedro dice que los pastores deben apacentar la grey de Dios, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los hermanos, sino siendo ejemplo para ellos (**1 Pedro 5:2 y 3**).

Pedro no habla desde la ignorancia o las suposiciones, sino desde la experiencia, ya que era parte de la Iglesia desde la primera hora y estaba viviendo duras persecuciones. Incluso, en el momento de escribir su primera carta, estaba en Roma, aunque irónicamente la llamó Babilonia. Pedro era un apóstol de avanzada edad, llevaba casi treinta y cinco años de experiencia en la Iglesia y aún estaba sirviendo al Señor con gozo no forzado.

El apóstol Pedro advirtió a los pastores: *“No sirvan por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto...”* Esta expresión se refiere a la codicia o el deseo de ganancias financieras. El ministerio nunca debe ser motivado por riquezas materiales o los beneficios personales. Quienes servimos a Dios somos dignos de un salario (**1 Timoteo 5:18**), y como veremos, debemos vivir del evangelio (**1 Corintios 9:14**), pero la motivación no puede ser esa. Un pastor cuya motivación es el dinero o los beneficios personales ha perdido la misión que todo pastor debe tener en la iglesia.

Servir con ánimo pronto implica un deseo intenso por hacer lo que Dios ha determinado. Los pastores deben ejercer su ministerio con diligencia y entusiasmo, caracterizados por reflejar el corazón de Cristo, que es el Buen Pastor, que sirvió con humildad y prontitud, a los pecadores que Él mismo salvó con Su propia vida.

Los pastores deben estar llenos de pasión por el rebaño, con un deseo ardiente de ver a las ovejas crecer en su

relación con Cristo. Por eso, Pedro menciona que no deben procurar el señorío sobre los que están al cuidado, sino ser ejemplos de la grey. Los pastores no deben ejercer su autoridad como dictadores dominantes, ni oprimiendo a los creyentes que están bajo su cuidado. La función del pastor en la iglesia es ser ejemplos vivientes de lo que enseñan y predicar con permanentemente con el ejemplo.

Estos principios quiero dejarlos bien claros, porque ser pastores con olor a Cristo no implica ignorar las necesidades de los hermanos. No es esa la intención de este libro, sino dar prioridad al Señor, porque toda tarea que pretendamos hacer sin Su fortaleza, capacidad, supervisión y dirección no es más que un fastidio y un seguro camino al fracaso.

La gestión del ministerio pastoral suele estar plagada de duras experiencias emocionales y feroces batallas espirituales. Estas últimas son lógicas porque toda tarea pastoral atenta directamente contra el reino de las tinieblas, pero esto es bien sabido por todo aquel que acepta entrar al ministerio. Lo que no es lógico y muchas veces no esperado es que esa gran hostilidad se produzca por medio de los mismos hermanos que nos comprometemos a ayudar.

Esto es muy difícil de asumir y muy doloroso, ya que, inesperadamente, los mismos hermanos para los cuales comenzamos a trabajar, son los que nos producen el mayor desgaste general. Las personas, generalmente llegan con todo un pasado de luchas y emociones alteradas, que les hace muy

difícil expresar con libertad la nueva naturaleza recibida, y esto genera grandes y continuos conflictos.

El despojarse de la vieja naturaleza y vestirse del Nuevo Hombre no es un suceso, sino un proceso que todos debemos enfrentar (**Efesios 4:22 al 24**). Es por eso que debemos ser pacientes y saber cuándo estamos tratando con la vieja naturaleza, y cuándo estamos edificando la nueva.

Ese proceso es el que nos obliga a tratar con personas renacidas, con todas las capacidades de la nueva vida (**Romanos 6:4**), y con la vieja naturaleza, cargada de complejos, temores, orgullo, vanidad, celos, envidias, etc. Esto complica la tarea porque los inexpertos pastores tratan de agradar a todas las personas y se aventuran a pastorear la vieja naturaleza, y eso sí que es una misión imposible.

Los pastores debemos asumir el rol de ser pastores de la nueva naturaleza. Nosotros pastoreamos la vida espiritual de la gente. Cuando no comprendemos esto, tratamos de ayudar aceptando responsabilidades que no nos fueron asignadas por Dios. No somos los encargados de resolver todos los problemas de las personas; solo debemos guiar la nueva naturaleza espiritual hacia una conexión correcta con el gobierno de Dios.

Es muy común que nos involucremos emocionalmente con los hermanos, compadeciéndonos de sus problemas y tratando de ayudarlos a resolver todo lo que podamos. Los escuchamos durante horas, oramos por ellos y tratamos de

conseguirles todo lo que necesitan. Sin embargo, en muchas ocasiones, al igual que un perrito abandonado al que tratamos de ayudar, se dan vuelta y nos terminan mordiendo.

Generalmente, cualquier matrimonio pastoral que se hace cargo de una congregación comienza con gran entusiasmo y expectativas muy prometedoras. En los primeros meses, pondrán una pasión única en la obra y tratarán de ayudar de manera integral a todos los hermanos que lleguen.

Intentarán agradar a los hermanos, procurarán hacerlos sentir cómodos y seguros. Tratarán de conformar las expectativas que estos puedan traer, incluso se apresurarán a expresar sus sentimientos, sus metas y lo mucho que desean ayudarlos.

La gente llega con muchas necesidades. Por lo tanto, ante esa inigualable oferta, se abrirán para contar sus dramas y expresar sus vivencias. Los pastores, a medida que los escuchan, irán pensando en cómo pueden ayudarles efectivamente en todo.

Si tienen necesidades económicas, acudirán a cualquier recurso disponible para ayudarlos, sea con mercadería, ropa o incluso con algún objeto que necesiten, como colchones, frazadas, elementos de cocina, sillas, entre otros. Si no tienen vivienda, se pondrán en campaña para conseguir un lugar donde puedan dormir.

Si no tienen transporte, se comprometerán a ir a buscarlos antes de cada reunión y a llevarlos después. Si necesitan un trabajo, procurarán conseguirles uno, y si emocionalmente se sienten muy mal, tratarán de contenerlos, escuchándolos el tiempo que sea necesario, hasta que crean que han quedado satisfechos.

Esta forma de pastorear está cargada de buenas intenciones, pero es inviable ante el proyecto de una gran congregación. De hecho, se complicará cada vez más, porque llegarán nuevos hermanos y la atención brindada a los primeros no podrá ser retirada fácilmente. Si se ocupan de los recién llegados, los que ya estaban antes comienzan a sentirse ofendidos, porque ya no reciben las mismas atenciones.

Los pastores se esforzarán cada vez más, pero para poder hacerlo, postergarán sus intereses personales: los hijos, el hogar, el trabajo, la familia en general, el descanso, el tiempo libre, la paz en la mesa y el amor en la cama. Lo cierto es que, con tal de servir a Dios y complacer a los hermanos, se dejarán a sí mismos para lo último. Con el tiempo, sentirán la desilusión, la frustración y la injusticia de tal entrega sin resultados dignos de tal esfuerzo.

Algunos hermanos que demandaron toda la atención y que, por cierto la recibieron, no se preocuparán en dar al menos, un pequeño retorno del amor recibido. Los pastores sabemos que no debemos hacernos expectativas con nadie y que no debemos esperar que la gente nos corresponda, pero eso es solo una teoría. Cuando la realidad comienza a golpear

nuestros corazones, ciertamente, y sin poder evitarlo, esperamos una retribución afectiva.

Cuando uno escucha con empatía los problemas de la gente y trata de ayudarlos, es imposible no crear lazos de afectos que van más allá de la comunión espiritual que debemos sentir. Aun sin desearlo, o habiendo sido advertidos, llegamos a pensar que tenemos nuevos amigos, personas que tendrán gratitud toda la vida por causa de la ayuda que les brindamos. Sin embargo, nada está más lejos que eso de la realidad.

No importa cuántas horas de nuestra vida hayamos invertido para ayudar a los hermanos. No importa cuántas cosas les hayamos conseguido para ayudarlos. No importa cuánto amor sincero les hayamos expresado con la intención de que reciban el amor de Dios. No importa si hicimos todo lo posible para que ellos puedan revertir sus vidas hacia el camino de la bendición. Al final, muy pocos lo entenderán así, y muy pocos mostrarán al menos una simple gratitud.

Cuando Jesús sanó a diez leprosos (**Lucas 17:11 al 19**), supongo que no esperaba nada de ninguno. Sin embargo, no es casualidad que la Biblia nos cuente que solo uno volvió para agradecerle. Fue importante para Jesús, que ese hecho quedara registrado como ejemplo. ¿Acaso podemos imaginar lo que sería, en esa época, ser una persona leprosa, o lo que tuvo que haber significado para ellos, el haber sido sanados?

De hecho la ingratitud de la gente en la época de Jesús, es evidente cuando en la misma Jerusalén que lo recibieron con cánticos y palmas, lo condenaron a la cruz al elegir a Barrabás. La misma multitud que vio sus milagros extraordinarios, fue la que gritó: ¡Crucifíqueno! ¡Crucifíqueno! ¡Crucifíqueno!

Hay veces que la gente que no conoce a Dios puede llegar a ser más agradecida que aquellos que han recibido el don de la vida espiritual. Esto es muy difícil de digerir, porque uno espera que las personas más amorosas y agradecidas sean aquellas que han recibido la gracia de Dios, pero en ocasiones no es así.

También aclaro, que no estoy sugiriendo que los hermanos sean personas horribles que en todos los casos nos causarán mucho daño. De ninguna manera pienso de esa manera. Las mejores personas del planeta, las he encontrado dentro de la Iglesia. Solo estoy exponiendo que algunos hermanos se dejan llevar por su vieja naturaleza, y al exponerla, lastiman a sus líderes o pastores.

Cuando los hermanos están bien espiritualmente, son amorosos, y da gusto trabajar con ellos. Pero si descuidan su vida espiritual y se dejan llevar por los impulsos del alma, seguramente actuarán de manera incorrecta. Es entonces cuando el enemigo aprovechará para causar conflictos y destrucción. Por esta causa, pequeños desacuerdos en la Iglesia pueden terminar generando dolorosas situaciones.

Cuando los nuevos pastores trabajan sin recibir consejo de sus autoridades espirituales, que supuestamente son personas con vasta experiencia, comienzan a sentirse solos, desilusionados, y empiezan a cultivar la idea de que tal vez no son capaces de realizar la tarea pastoral, ya que ven que ciertas situaciones se les escapan de las manos.

Los nuevos pastores, inexpertos y cansados, observarán otras congregaciones tratando de encontrar algún ejemplo de cómo actuar para ser más efectivos. Pero al hacerlo, llegarán a pensar que a todos los demás les funciona el pastorado mejor que a ellos. Esto les golpeará duramente el ego, porque en sus comienzos, seguramente creían que lo harían muy bien, incluso mejor que sus propios pastores. Pero después de un par de fracasos, se descalificarán por completo.

La dinámica de la Iglesia, implica que todos los cristianos tengamos pastores, y lo más probable es que todos en algún momento veamos en ellos, cosas que no nos gusten, o cosas con las que no estemos de acuerdo. Eso nos hace pensar que si algún día llegamos a ser pastores de una congregación, no cometeremos esos mismos errores. El problema es que cometemos otros diferentes, y en tal caso, terminamos frustrados y sin confianza para seguir adelante.

Esto siempre es así. Por ejemplo, la gran mayoría de los jóvenes adolescentes critican a sus padres. No importa cuán buenos puedan ser, siempre criticarán algo de ellos. El problema es que el día que ellos lleguen a ser padres, también

cometerán errores, y con el tiempo serán sus hijos los que les reclamarán todo lo que hicieron mal. Tampoco importa cuánto se esfuercen por ser buenos padres, igualmente recibirán críticas.

La primera experiencia pastoral puede llegar a ser muy frustrante. No importa cuánta garra y corazón le pongamos, nada fluye tan rápido como esperamos. Por supuesto, no todo es terrible y algunos lo manejan mejor que otros, pero no estoy tratando de dar respuestas a quienes hayan superado las adversidades, sino a quienes aún no comprenden los duros procesos del pastorado.

Conozco algunos pastores que abandonaron, y conozco a otros que simplemente se estancaron en la amargura. Algunos sufrieron el quebranto familiar, y otros tienen hijos que, después de padecer el pastorado de sus padres, se apartaron de la Iglesia durante muchos años.

Algunos siguieron adelante, no sin lágrimas, pero lograron sobreponerse, y poco a poco fueron comprendiendo los procesos del ministerio pastoral. Yo fui parte de estos últimos, y ciertamente todavía conservo las secuelas de las muchas batallas. Simplemente aprendí cometiendo errores y superando fracasos, por eso he canalizado mis experiencias compartiendo mi saber desde mi función apostólica.

No aprendí en el seminario cómo superar los problemas del ministerio. Lamentablemente, aprendí desde el dolor, pero tal vez si no hubiese sido así, hoy no podría

comprender a los pastores que están en pleno proceso, ni tendría la capacidad de escribir libros como este, con la intención de ayudar a mis consiervos.

Es duro comenzar un proyecto con toda la fuerza y el entusiasmo, y al tiempo, sentirnos frustrados y con ganas de renunciar. Eso nos hace pensar que hemos fallado a Dios y a la institución que nos encomendó la tarea. Cuando somos interrogados por alguna autoridad espiritual, es muy probable que le digamos que todo marcha bien, pero en el fondo sabemos que algo no está funcionando.

Si los procesos continúan, y es un hecho que así será, nuestras oraciones pueden cambiar. Nos embargará la sensación de haber perdido una porción de nuestra fe, o de que la unción ya no nos respalda como al principio. Nos llenaremos de temor, respecto de que la gente se dé cuenta de que ya no tenemos ganas de brindarles tanto tiempo personal.

Nuestros mensajes pueden cambiar, ya que, sin pretenderlo, es probable que abramos nuestro corazón a través de las palabras y expresemos nuestros sentimientos de frustración. Lucharemos por tener un mensaje más inspirado como al principio, pero es muy común que evidenciemos el desgaste.

Aclaro que estoy absolutamente convencido de que servir a Dios, es el privilegio más maravilloso que podamos recibir en esta vida. Solo creo que debemos adquirir sabiduría espiritual y prepararnos con las herramientas adecuadas. Para

ello, necesitamos enfocarnos más en Cristo que en las demandas de la gente.

Nadie nos dijo que el ministerio pastoral es algo fácil de ejercer. Algunos hermanos que observan a los pastores piensan que el trabajo de estos es vestir bien, y dar discursos los domingos ante una gran audiencia, pero nada más alejado de la verdad. Los pastores deben relegar sus necesidades y deseos, deben esconder tras bambalinas, que tienen familias con los mismos problemas que cualquiera.

Los pastores son débiles, lloran en secreto, pero se muestran fuertes, con matrimonios consolidados y una apariencia de resolver rápidamente todo problema que se les pueda presentar. No es que los pastores pretendan la hipocresía de aparentar lo que no son, solo que actúan así para inspirar confianza en la gente que desean ayudar.

Un capitán de un barco o un piloto de avión puede sentir el mismo temor que cualquiera ante la falla del vehículo, pero seguramente se mostrarán tranquilos y capaces de resolver toda situación. Un médico puede estar conmovido por una situación o directamente asustado ante una emergencia, pero sin duda se mostrará tranquilo y dejará de lado todo problema personal, en pos de resolver las dificultades de sus pacientes.

Los pastores no muestran todo y aparentan seguridad, porque eso es parte necesaria de su tarea. Pero los procesos van por dentro, y eso afecta sus vidas, debilitando sus fuerzas

y golpeando de lleno en sus sentimientos y emociones. El ministerio pastoral no es fácil, y puede que en el seminario nos exhorten a tener olor a ovejas, como hizo Francisco, pero yo creo que el mejor consejo de todos es buscar, antes que nada, ser absolutamente impregnados por el aroma de Cristo.

El servir a los santos es la tarea, pero la prioridad siempre debe ser el Señor. Todo pastor que gestiona su ministerio con gran voluntarismo, sin dependencia absoluta del Espíritu Santo, está destinado a fracasar, o al menos ser consumido por las presiones, apagando su unción y llevándolos a la mediocridad ministerial.

Si en verdad deseamos ser efectivos y no morir en el intento, debemos enfocarnos primeramente en Dios. La gente siempre nos llenará de demandas, pero el único que nos puede llenar de vida es el Señor. Está bien que sirvamos al prójimo, pero ante todo debemos servir a nuestro Señor, y eso implica consumirnos en Él, antes que ser consumidos por los problemas de la gente.

¡Refúgiense en el Señor y en su fuerza, busquen siempre su presencia!

1 Crónicas 16:11

Capítulo tres

EL BUEN PASTOR ES UN BUEN HIJO

“Yo soy el buen pastor: el buen pastor su vida da por las ovejas. Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve al lobo que viene, y deja las ovejas, y huye, y el lobo las arrebató, y esparce las ovejas. Así que, el asalariado, huye, porque es asalariado, y no tiene cuidado de las ovejas. Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen. Como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas”.

Juan 10:11 al 15

Los conceptos de Jesucristo como el Buen Pastor surgen en un contexto muy especial. En el capítulo anterior, vemos a los fariseos de la sinagoga de Jerusalén dejando en claro que eran pésimos pastores. Eran hombres egoístas y fríos, preocupados únicamente por mantener su autoridad arbitraria, sin mostrar compasión por un hombre nacido ciego, ni gozo alguno por la restauración de su vista. En cambio, se dedicaron a criticar a Jesús y a descalificar el milagro, simplemente por haberlo realizado un día sábado.

En contraste con todo lo que los fariseos hacían o pensaban, Jesús se preocupó sinceramente por la vida de aquel pobre ciego, quien finalmente lo siguió fuera del redil del judaísmo, después de haber sido expulsado por los judíos por no poder explicar su sanidad (**Juan capítulos 9 y 10**).

El Señor usó el caso del ciego para demostrar la insensibilidad de los religiosos, y dejar en claro que Él no era como ellos, sino que era el Buen Pastor. Aunque fue rechazado violentamente, Jesús había venido a sacar de aquella religión muerta, llamada “judaísmo”, a quienes creerían en Él. Su propósito era conducirlos hacia delicados pastos y verdaderas aguas de reposo.

De este modo, Jesús planeaba formar Su rebaño, en el que serían incluidas también otras ovejas que vendrían del mundo gentil. Sin duda, aquí encontramos un anuncio de la formación de Su Iglesia, integrada por judíos y gentiles, sacados del mundo por medio del sacrificio del mismo Buen Pastor.

En cuanto al pasaje citado, vemos que todo el ejemplo gira en torno a la auto-identificación de Jesús como el Buen Pastor, y de los creyentes como Sus ovejas. Este lenguaje era familiar para sus oyentes, ya que el pastoreo había sido durante siglos una ocupación común en esa región. Jesús ya lo había utilizado frecuentemente en sus discursos (**Mateo 10:6**), y en sus parábolas (**Mateo 25:32**).

También en el Antiguo Testamento, encontramos que muchos profetas usaron la relación entre el pastor y sus ovejas, para describir la relación de Dios con Su pueblo Israel. En otras ocasiones, los líderes de la nación eran considerados pastores del pueblo, aunque frecuentemente fueron denunciados por los profetas como falsos o malos pastores (**1 Reyes 22:17; Jeremías 10:21**).

De hecho, entre todas las figuras que se aplican a Dios en el Antiguo Testamento, la del pastor es una de las más entrañables. Otras pueden ilustrar mejor su gloria y majestad, pero ninguna expresa como ésta la ternura y solicitud divina en favor de Su pueblo (**Salmo 23**).

Volviendo al contexto de Jesús en la sinagoga, una vez más el concepto del pastor y las ovejas surge con fuerza. Los dirigentes religiosos de Israel se creían los verdaderos pastores del pueblo y perseguían a Jesús por considerarlo un intruso y un impostor. Sin embargo, como quedó demostrado en el caso del ciego sanado por el Señor, eran ellos los falsos pastores, indiferentes al bienestar de las ovejas.

Jesús se identifica como Aquel a quien realmente pertenecen las ovejas: “el Buen Pastor”, a quien oyen y siguen. Es Aquel que las guía a buenos pastos y las protege de los enemigos, incluso al costo de dar Su vida por ellas. Sin duda, se trata de un título profundamente significativo, que comunica propiedad, cuidado, protección, conocimiento íntimo, y un amor ilimitado y sacrificado.

Ahora bien, el título de “Pastor” resonaba en los oídos judíos como una afirmación mesiánica. No debemos olvidar aquellas profecías que anunciaban que, ante el fracaso de los pastores de Israel, Dios levantaría a un descendiente de David como el Pastor definitivo: **“Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David, él las apacentará, y él les será por pastor” (Ezequiel 34:23).**

Así lo entendieron también los apóstoles, al referirse a Jesús como **“el Príncipe de los pastores” (1 Pedro 5:4)**, o como **“el gran Pastor de las ovejas” (Hebreos 13:20)**. Es importante observar que, hasta este momento, el Pastor de Israel había sido el mismo Dios, pero ahora Jesús reclama solemnemente ese título para sí mismo, revelando con ello Su divinidad.

Las ovejas tienen varios enemigos importantes que se describen en este pasaje. Por un lado, están los ladrones y salteadores, que intentan robar las ovejas a su legítimo dueño. También están los asalariados que, aunque no necesariamente enemigos, no tienen un interés genuino en las ovejas. Por último, está el lobo, que sólo viene para arrebatarse y destruir.

Los ladrones y salteadores se distinguían porque no entraban por la puerta del redil, sino que subían por otro lugar. Usaban la astucia y el engaño para pasar desapercibidos y, llegado el caso, no dudaban en usar la violencia. Los judíos no titubearon en intimidar, amenazar y finalmente expulsar a todo aquel que se acercara a Jesús

(Juan 9:22). De la misma manera, persiguieron hasta la muerte al mismo Señor.

Por lo tanto, en un principio, el Señor se refería con estas palabras a los líderes religiosos de la nación judía. Ya habían demostrado que no les importaba la curación del ciego, sino únicamente su propia gloria y prestigio.

En realidad, ellos mismos eran los ciegos y guías de ciegos, que habían perdido toda inteligencia y sensibilidad espiritual. Como muchos otros falsos pastores de la antigüedad de Israel, estos también querían dominar sobre las ovejas para su propia honra y prestigio. Así robaban a Dios su gloria, y a los hombres, sus bienes y sus almas. En lugar de salvarlos, los apartaban de Dios, conduciéndolos así a la condenación y a la misma muerte.

Parecían pastores, pero solo se apacentaban a sí mismos. Eran como aquellos que describió Ezequiel cuando escribió: ***“Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel; profetiza y di a los pastores: Así ha dicho Jehová el Señor: ¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¿No apacientan los pastores a los rebaños? Coméis la grosura, os vestís de la lana; la engordada degolláis, mas no apacentáis a las ovejas. No fortalecisteis a las débiles, ni curasteis a la enferma; no vendasteis a la perniquebrada, no volvisteis al redil a la descarriada, ni buscasteis a la perdida, sino que os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia”*** (Ezequiel 34:2 al 4).

Pero, además de ser falsos pastores, añadieron a su pecado el hecho de rechazar a Cristo, el verdadero Pastor. Por eso el Señor se refirió a ellos con estas duras palabras: ***“Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores”*** (Juan 10:8).

Por supuesto, no solo aquellos religiosos con los que Jesús se enfrentó abiertamente eran ladrones y salteadores. También lo es todo aquel que usurpa el lugar de Cristo. Puede tratarse de cualquier persona que hable de Dios con el fin de atraer las miradas de los demás. O de aquellos que anuncian la vida eterna aparte de la fe en Jesús. También debemos huir de quienes no reconocen la obra de Dios en Cristo.

Todo esto nos lleva a reflexionar sobre el hecho de que el Señor nos está advirtiendo del peligro de aceptar a cualquier líder espiritual, sin haber examinado previamente su carácter, su enseñanza y su obra. En este sentido, es necesario que ejercitemos cada vez más nuestra capacidad de discernimiento, dado que no han desaparecido los falsos pastores, y el daño que pueden hacernos es muy grande.

Más adelante, el Señor se refirió también a los asalariados como otro tipo de enemigo de las ovejas. A diferencia del verdadero pastor, de quien son propias las ovejas, el asalariado se distingue por su falta de compromiso. Estos son los que aman el beneficio más que el oficio, y solo piensan en términos de lo que pueden lograr. Por eso, cuando llega el peligro, huyen y dejan el rebaño desprotegido.

Pueden ser incluso hombres buenos, que se ocupan del pastoreo como un trabajo más, que les proporciona un salario con el cual mantener a su familia, y que además les otorga un puesto respetable dentro de la comunidad. Pero, en el fondo, solo están interesados en su propio bienestar y seguridad. Puede ser que, mientras todo vaya bien, logren desempeñarse como pastores y hasta cierto punto sacar adelante su labor; pero generalmente, cuando tienen que hacer algún sacrificio personal en favor de las ovejas, se echan atrás y abandonan el rebaño. Como dijo el Señor: ***“El asalariado ve venir al lobo y deja las ovejas, y huye, y el lobo arrebatata las ovejas y las dispersa.”*** (Juan 10:12).

En realidad, el problema que señala el Señor es que no amaban a las ovejas. Y también en esto los fariseos eran un buen ejemplo. No mostraron ningún tipo de interés por el parálítico sanado por el Señor (Juan 5:1 al 18), ni manifestaron siquiera un poco de piedad por la mujer sorprendida en adulterio (Juan 8:1 al 11), ni fueron capaces de alegrarse cuando el hombre que había nacido ciego recobró la vista (Juan 9:1 al 41). Todo su interés en esos casos se limitaba a usar a las personas como un medio para desprestigiar o prender a Jesús.

Otro de los grandes peligros para las ovejas es el lobo, que en las Escrituras simboliza a nuestro enemigo, el diablo. El lobo ataca a las ovejas con la clara intención de matarlas para alimentarse de ellas. Pero, con frecuencia, muchas otras también resultan heridas, son dispersadas o mueren como consecuencia de estos ataques.

El Señor advirtió a sus discípulos que este enemigo estaría siempre presente: ***“He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos”*** (Mateo 10:16). También les dijo que el lobo no siempre parece lo que es, razón por la cual tendrían que estar vigilantes: ***“Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces”*** (Mateo 7:15).

Y el apóstol Pablo también advirtió sobre lo que sucedería incluso dentro de las iglesias: ***“Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño”*** (Hechos 20:29). Las ovejas dependen absolutamente de que el pastor las vigile, proteja y guíe. Por sí solas, son animales indefensos y torpes, con una inclinación natural a descarriarse. En este sentido, representan muy bien a los seres humanos, tal como dijo el profeta Isaías: ***“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino”*** (Isaías 53:6).

Jesús se identificó no solo como ***“el buen Pastor”***, sino también como ***“la puerta de las ovejas”***. Esto no implica contradicción alguna. Jesús es tan grande que ningún símbolo por sí solo puede expresar Su plenitud. Lo mismo ocurre en Apocalipsis, donde se le describe como ***“el león de la tribu de Judá”*** (Apocalipsis 5:5) y, en el siguiente versículo, como ***“el Cordero como inmolado”*** (Apocalipsis 5:6); o cuando dice: ***“el Cordero que está en medio del trono los pastoreará”*** (Apocalipsis 7:17).

De cualquier modo, en este caso no es difícil entender cómo puede ser ambas cosas a la vez, ya que en la cultura de aquella época era común que el pastor se colocara en la puerta del redil, permitiendo el acceso a los otros pastores, actuando él mismo como la puerta de las ovejas.

La figura de Jesús como *“la puerta de las ovejas”* nos recuerda que Él es el único acceso legítimo para entrar en el Reino de Dios. Solo entrando por medio de Él podemos encontrar la salvación de nuestras almas. No hay otra puerta, y quizá por eso el Señor la describió como una puerta estrecha (**Mateo 7:13 y 14**). Solo por medio de Él se puede llegar al Padre (**Juan 14:6**). No hay otra forma de acercarnos a Dios, y aunque algunos piensen que puede haber otras puertas, como la religión o los méritos propios, en realidad son falsas puertas.

Solo por medio de su muerte en la cruz, nuestro Señor Jesucristo ha abierto una puerta por la cual podemos recibir el perdón de nuestros pecados y ser limpiados de ellos para estar en la presencia de Dios. *“Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”* (1 Pedro 3:18).

Ahora bien, se requiere de aquellos que quieran ser salvos que entren: *“Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo”*. Para ello es necesario recibir a Cristo por la fe en un acto personal. De nada sirve quedarse afuera contemplando la puerta. Cuando entramos por Cristo a la nueva vida que Él nos ofrece, comienza entonces para

nosotros una vida de comunión con Dios y de seguridad: ***“El que por mí entrare, será salvo”***. Y entonces nos da alimento y bendición: ***“Entrará, y saldrá, y hallará pastos”***.

Por su parte, en la alegoría, el redil representaba al pueblo de Israel, separado de los otros pueblos gentiles. Dios les había dado su Ley, que los mantenía apartados de las demás naciones. El redil era un terreno cercado en el que cada pastor metía a sus ovejas al atardecer, dejándolas al cuidado de un portero. Por la mañana, los pastores volvían y el portero les abría. Entonces, cada uno separaba sus propias ovejas llamándolas. Una vez reunidas, el pastor las sacaba fuera, y le seguían a dondequiera que las guiara.

Dentro del redil de Israel estaban las auténticas ovejas del Señor. Queda claro en la alegoría que no todos los israelitas eran ovejas del Señor. De hecho, a lo largo de toda la historia de Israel, muchos habían demostrado que eran judíos circuncidados, pero incircuncisos de corazón, porque no habían depositado su fe en Dios, sino en falsas deidades.

Más adelante, el Señor añadió: ***“También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor”***. Estas otras ovejas eran los creyentes que provenían de entre los gentiles, entre los cuales estamos nosotros. El Señor también nos mencionó en otras ocasiones (**Juan 11:52; 17:20**).

Finalmente, el Señor las reuniría en un solo rebaño, lo que apunta indudablemente a la Iglesia, formada por judíos y

gentiles que siguen al Buen Pastor (**Efesios 2:11 al 22**). De este modo, la visión profética del Antiguo Testamento, de que la bendición del Mesías se desbordaría desde la nación judía hasta alcanzar a las naciones gentiles, se cumpliría (**Génesis 12:1 al 3; Isaías 42:6; 49:6**).

Así pues, con estas palabras el Señor estaba anunciando con toda claridad la próxima conversión de los gentiles. Después de la crucifixión de Cristo, se derribaría la pared intermedia de separación entre judíos y gentiles para formar un solo pueblo espiritual, que es la Iglesia. Y no habría dos rediles diferentes, uno para judíos y otro para gentiles, sino que ambos permanecerían juntos bajo la dirección de Cristo. Porque, no lo olvidemos: no puede haber auténtica unidad si no es en torno a la cruz.

El Señor no solo nos saca de la oscuridad y nos une por el poder de Su sangre, sino que además nos guía con toda paciencia. No hay tentación que tengamos que enfrentar por la que Él no haya pasado antes, y siempre permanece a nuestro lado para socorrernos: ***“Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”*** (Hebreos 4:15).

Las ovejas le siguen porque conocen Su voz. Este conocimiento implica una relación personal, no únicamente conocimiento teológico o intelectual, porque es muy cierto que se puede saber mucho acerca de Dios sin conocerle a Él. Finalmente, la prueba de que alguien conoce a Dios es que

escucha su voz y le sigue. No se puede aceptar que un auténtico creyente no siga al Señor ni le obedezca. Eso es prueba inequívoca de que no le pertenece, o al menos de que ha descuidado peligrosamente su comunión con el Espíritu Santo.

Acabamos de ver que las ovejas conocen al Pastor, pero también el Pastor conoce a sus ovejas: ***“Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen”***. Con estas palabras, el Señor expresó la comunión íntima y cercana que existe entre Cristo y su pueblo, una unión que solo entienden plenamente aquellos que la experimentan. Y es precisamente este conocimiento mutuo el que hace que la oveja confíe en su Señor.

Como buen Pastor, Jesucristo conoce a todos los creyentes. Sabe cuáles son sus nombres, dónde viven, qué circunstancias los rodean, qué sentimientos los agitan, qué sufrimientos los afligen. Conoce su pasado, con sus tristes y amargos fracasos, y su presente, con sus anhelos no realizados. Conoce lo que los demás ven de ellos, pero también sus pensamientos y motivaciones más profundas. Pero lo más asombroso de todo es que, a pesar de conocer muy bien, aun todo lo malo, no nos juzga ni desprecia.

El rey David expresó este asombro por el conocimiento que Dios tiene de cada uno de nosotros en un hermoso salmo: ***“Oh Jehová, tú me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has***

escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda. Detrás y delante me rodeaste, y sobre mí pusiste tu mano. Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender” (Salmo 139:1 al 6).

La realidad es que un conocimiento así podría resultar aterrador para muchos, pues, ante la mirada penetrante del Omnisciente, ¿quién puede mantenerse tranquilo? Esa mirada discierne todo lo que de pecaminoso hay en la conducta y en el corazón de cada ser humano. Otro escritor bíblico se hacía esta misma reflexión: *“Jehová, si mirares a los pecados, ¿quién oh Señor podrá mantenerse?” (Salmo 130:3).*

Una vez que el buen Pastor ha sacado sus ovejas fuera, las conduce a lugares de pastos y aguas donde son bien alimentadas. Esto viene a complementar otras afirmaciones que el Señor ya había hecho: Él nos da el agua de vida para que nunca más tengamos sed (**Juan 4:13 y 14; 7:37 al 39**); Él es el pan de vida que sacia toda hambre (**Juan 6:35**). Y ahora, con esta nueva afirmación, se cumple lo que ya había anunciado el salmista: *“Jehová es mi pastor; nada me faltará” (Salmo 23:1).*

Puede que tengamos que pasar por lugares desiertos y peligrosos, pero el Señor siempre estará con nosotros, cuidándonos y proveyéndonos todo lo necesario para nuestro bienestar espiritual. Estos delicados pastos representan las

bendiciones espirituales que tenemos en Cristo. Fuera de Él, no queda nada más que el desierto donde las ovejas perecen.

Jesús no vino solo a dar vida a las ovejas, sino a dar su vida por las ovejas. Esta era la única forma de conseguirlo. Las ovejas no podrían llegar a tener vida si el Buen Pastor no entregaba la suya en su favor. El Señor Jesucristo hizo mucho más que pasar desvelos, frío y peligros por causa de las ovejas: Él dio su propia vida por ellas, de la forma más literal que podríamos imaginar. Y lo hizo de manera calculada, no como algo fortuito o inevitable. Esta era su disposición inquebrantable, y lo reitera hasta en cuatro ocasiones en este pasaje (**Juan 10:11, 15, 17, 18**).

Luego de esto, el Señor hizo referencia a los sentimientos del Padre respecto de Su inigualable actitud de obediencia: *“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida por las ovejas”*. Debemos evitar la idea de que, al dar su vida, el Hijo se ganara el amor del Padre. Él ya contaba con Su amor. Se trata de que la entrega voluntaria de Jesús fue una expresión suprema del amor que comparten.

Para el Hijo, no hay placer mayor que obedecer la voluntad del Padre, porque ambos están unidos por un amor infinito y eterno. Al mismo tiempo, el Padre ama al Hijo por su disposición y entrega plena para hacer la obra que le ha encomendado, porque el Hijo no solo era un Buen Pastor, sino también un Buen Hijo.

Todo pastor debe sentirse primeramente hijo y luego servidor. No se puede servir al prójimo ni a Dios de manera efectiva si primero no se cultiva adecuadamente la comunión con el Padre. La visión de hijos nos otorga derechos y nos genera una intimidad a través de la cual no solo podemos recibir dirección, sino también consuelo, fortaleza, sabiduría y poder espiritual.

Al meditar sobre la figura de Jesús como el Buen Pastor, se revela ante nosotros el modelo perfecto de liderazgo y cuidado pastoral que todos los ministros debemos aspirar a ser. En Su vida y enseñanzas encontramos un ejemplo claro de lo que significa pastorear con amor, sacrificio y una comunión profunda con las ovejas a las que se sirve, sin descuidar la íntima comunión con el Padre.

Jesús no fue simplemente un líder que daba instrucciones, sino un guía que sacrificó todo por el bienestar de sus ovejas, demostrando un amor que va más allá de lo humano. Su sacrificio en la cruz no es solo el acto de un líder que se ofrece por su rebaño, sino el cumplimiento de una misión divina que trasciende las fronteras del tiempo y del espacio. Es claro que la persona del Espíritu Santo fluía a través de Su vida como un inagotable manantial.

Su conocimiento de las personas no era superficial; era el producto de relaciones cercanas y de un amor genuino. Esta cercanía es lo que otorga seguridad y confianza a las ovejas, sabiendo que no son guiadas por una figura distante, sino por un Pastor que da su vida por ellas. Esto no puede

realizarse sin la supervisión y competencia del Espíritu Santo.

Sin embargo, el verdadero reto del pastor cristiano radica en imitar la disposición de Jesús para sacrificarse por el bienestar de las ovejas, incluso cuando ello implique renuncias personales. Nosotros, a diferencia de Jesús, no necesitamos morir en el madero del Calvario, pero debemos tomar nuestra cruz para servirlo con verdadera excelencia.

El pastor no debe ver a su congregación como una fuente de prestigio o beneficio personal, sino como un rebaño que necesita orientación, protección y, sobre todo, amor genuino. En el ministerio, las dificultades y los desafíos serán inevitables, pero como el Buen Pastor, el líder cristiano debe aprender a afrontar las adversidades con paciencia y con un corazón dispuesto a darlo todo por sus ovejas, siempre buscando la restauración y el bienestar espiritual de cada miembro. Reitero: esto no puede hacerse con simple voluntarismo y actitud. Se necesita cultivar una profunda comunión con el Señor.

Asimismo, el pastor debe ser un guardián que prevé y protege al rebaño de aquellos que buscan desviarlo del camino correcto. En un mundo lleno de falsas doctrinas y promesas engañosas, el pastor tiene la responsabilidad de señalar con claridad las falsas puertas que pueden extraviar a las ovejas y guiarlas firmemente hacia la única puerta verdadera, que es Cristo. Si no queremos que la gente sea engañada, y no queremos engañar, es vital la humildad y la

constante búsqueda de la verdad. De lo contrario, nosotros mismos podemos estar generando aquello que deberíamos evitar.

Finalmente, Jesús nos enseñó que no basta con ser un buen líder o un buen pastor; el verdadero desafío es guiar con el ejemplo, mostrando la humildad, la disposición al sacrificio y la paciencia que Él mismo demostró. Solo cuando un pastor vive estas características puede esperar que su rebaño le siga fielmente, no por obligación, sino por la relación de amor que ha cultivado a lo largo del tiempo. Los pastores cristianos debemos seguir el ejemplo de Cristo, recordando siempre que nuestra efectividad no está en nuestro conocimiento bíblico, sino en el desarrollo de nuestra vida espiritual.

“Jesús fue un Buen Pastor porque supo ser un Buen Hijo”. Él pudo mezclarse con toda clase de pecadores, pero Su corazón y Su unción se mantuvieron intactos, porque la clave de Su éxito no estuvo en el tiempo que pasó con aquellos pecadores que lo llamaron amigo, sino en la profunda amistad y el respeto que mantuvo con el Padre. Su aroma nunca fue afectado por el hedor del pecado. Su santidad y Su vida espiritual en plena comunión con el Padre siempre fueron Su prioridad, y sin dudas ese es nuestro ejemplo.

Si pretendemos ser buenos pastores, debemos primeramente ser buenos hijos, y tener como prioridad agradar a nuestro Padre con la obediencia y con la búsqueda

de Su presencia. Él se agrada cuando servimos a la gente con humildad y entrega, pero no podemos hacer eso con efectividad, sin buscar primero ser impregnados con Su inigualable aroma.

“Si ustedes me aman, guardarán mis mandamientos. Mi Padre los amará, y yo también los amaré, y me mostraré a ustedes.”

Juan 14:20

Capítulo cuatro

QUERIENDO ABANDONAR EL MINISTERIO

“Pero esforzaos vosotros, y no desfallezcan vuestras manos, pues hay recompensa para vuestra obra.”
2 Crónicas 15:7

La cultura de este siglo manifiesta el fruto del árbol de la modernidad, hoy devenido en lo que se denomina metamodernismo, una postura que busca superar las limitaciones y críticas de la posmodernidad, recuperando algunos aspectos del modernismo y procurando un nuevo equilibrio entre lo objetivo y lo subjetivo. La Iglesia está lejos de poder dar una lectura efectiva a todo el cambio que estamos viviendo, y mucho menos de reaccionar de manera que nos permita ser efectivos en la expansión de una vida de Reino.

La esencia de la cultura presente promueve la autorregulación del individuo y la autosuficiencia en todos sus comportamientos. El avance tecnológico y los cambios conductuales desde el mismo seno familiar están generando

personas muy difíciles de pastorear, porque los principios éticos y morales están muy alejados de los parámetros bíblicos. Esto ha llevado al punto de poner en manos de los intelectuales las críticas hacia una Biblia que, para ellos, no es más que un libro histórico, con un gran desfase respecto de la actualidad.

Se ha escrito bastante sobre el hombre posmoderno. De hecho, hace unos años escribí un libro titulado *Gobernando en la posmodernidad*. Tristemente, creo que, sin haber podido asimilar la complejidad de aquel tiempo, ya estamos en plena transición hacia la metamodernidad. Es decir, los cambios están siendo tan vertiginosos que la Iglesia parece un individuo sentado en un andén, mirando pasar los cambios, tan veloces como si fueran modernos trenes europeos.

Los consejos pastorales de todas las ciudades tendrían que estarse reuniendo con cierta continuidad para tratar estos temas relevantes; sin embargo, en la mayoría de las ciudades, ni siquiera han podido resolver el respeto necesario para reunirse con un mínimo grado de tolerancia. Los debates ministeriales han quedado tan retrasados que provocan una gran frustración.

El cambio cultural está afectando la fe de muchos en una era de creciente hostilidad espiritual, moral y cultural. Los cambios acelerados en la sociedad, la desvalorización de la figura pastoral y el cansancio acumulado de servir sin ver resultados visibles han llevado a muchos siervos de Dios a contemplar la posibilidad de abandonar el ministerio.

Mi trabajo principal en este tiempo está centrado en los pastores, a quienes, dentro de mis posibilidades, asesoro y acompaño. Hablando con ellos, he detectado un número creciente de ministros que, con gran frustración, están considerando dejar sus funciones, delegar tareas, mudarse de ciudad, o simplemente continuar por inercia, sin ningún tipo de genuina motivación espiritual.

Todos ellos, sin excepción, aman al Señor de manera inquebrantable. El problema no es con Él, sino con la gente y con la idiosincrasia cultural de estos tiempos, que está afectando profundamente la conducta de las personas, quienes simplemente no aceptan ser lideradas, corregidas ni conducidas a un compromiso profundo con el Reino.

El problema de los hermanos tampoco es su amor a Dios. Todos ellos sienten un genuino amor y devoción por Él. Son los paradigmas culturales los que están generando un descrédito absoluto hacia todo liderazgo humano, hacia toda autoridad, haya sido puesta por Dios o no.

Para colmo de males, estoy viendo en este tiempo a varios predicadores que han elegido el camino de la complacencia con la gente. No solo no exhortan a un cambio cultural conforme al Reino, sino que alimentan la tendencia al descrédito de toda autoridad espiritual. Estos se presentan como abanderados de la última tendencia eclesiástica, y solo son imbéciles que violentan el Reino y alimentan el humanismo.

Cuando me refiero a estos maestros como “imbéciles” no procuro insultarlos, sino que utilizo el término en su sentido original. La palabra “imbécil” proviene del latín “*imbecillus*”, que se compone de “*im*”, una forma de in, que significa “sin”, y “*baculus*”, que significa “bastón”. Es decir, un imbécil es alguien que no tiene en qué apoyar lo que dice; alguien sin argumento sabio, sin fundamento, sin bastón.

Lo he comentado en algunos de mis estudios, pero estos hermanos, para congraciarse con su audiencia, enseñan sobre el sacerdocio personal que todos tenemos (**Apocalipsis 1:6**), o la unción del Santo, por medio de la cual no necesitamos que nadie nos enseñe (**1 Juan 2:27**). Por supuesto, estos versículos no son bastones suficientemente firmes como para apoyar tales enseñanzas, cuando son dadas para hacer a un lado todo liderazgo espiritual.

Es cierto que somos sacerdotes para Dios y que todos tenemos al Espíritu Santo para enseñarnos, pero en el diseño del Reino, el Señor estableció autoridades espirituales y personas maduras capaces de discipular a sus hermanos, así como pastores encargados de apacentarlos, contenerlos y guiarlos.

Que todos seamos sacerdotes o que todos tengamos la unción de Dios, no implica que las autoridades sean anuladas; por el contrario, deben ser respetadas. Este mensaje desajustado respecto de las demandas del Reino es del agrado de la gente, y en un tiempo en el cual la sociedad está

rechazando todo tipo de autoridad, es lógico que sea bien recibido.

Hace unas décadas, toda autoridad era respetada: en la casa, en la escuela, en la universidad, en la milicia, en la política, en las fuerzas de seguridad, en la religión y en todos los ámbitos. Sin embargo, en este tiempo, la búsqueda de la igualdad, el reclamo de los derechos humanos y la supuesta libertad de elección, están fulminando los valores de autoridad establecidos por Dios mismo.

Todo esto no es inocente, y está calando de manera muy profunda en el corazón de las personas. La cultura está realizando su perverso trabajo, y la Iglesia no sabe cómo desarraigat y establecer una nueva cultura de Reino. Por esta razón, al no poder lidiar con los paradigmas metamodernistas, los pastores no saben cómo ejercer su liderazgo, simplemente porque la gente no tiene respeto ni temor por la autoridad pastoral, lo que genera continuas rebeliones y falta de resultados corporativos.

Esta es una crisis silenciosa que se ha infiltrado en los corazones de muchos pastores fieles, hombres y mujeres que un día respondieron con pasión al llamado divino, pero que hoy luchan con la frustración, el agotamiento y la soledad. En este tiempo, debemos volver nuevamente nuestra mirada al Autor de todo llamado, y encontrar en Él la fuerza para seguir adelante.

El llamado pastoral no es una profesión ni una ocupación, es una comisión divina. El llamado nace en el corazón de Dios antes de que nosotros tengamos conciencia de él. No es fruto de una elección humana ni de una conveniencia circunstancial; es la voluntad soberana del Creador depositada en vasos de barro.

La fidelidad al llamado no se debe medir por los resultados visibles, sino por la obediencia constante a Dios. Aun cuando las ovejas no escuchen, aun cuando el fruto parezca escaso, Dios está presente en cada acto de obediencia. No se trata de producir, sino de permanecer fieles. Por eso, cuando recordamos que fuimos elegidos por Dios y no por hombres (**Juan 15:16**), podemos reavivar el fuego que nos llevó a decir, al igual que el profeta Isaías: *“Heme aquí, envíame a mí...”* (**Isaías 6:8**).

En el capítulo anterior expuse de qué manera Jesús se presenta como el Buen Pastor, en contraste con los que son asalariados. Estos últimos cuidan el rebaño mientras todo está bien, pero suelen huir ante el peligro, el agobio o la falta de resultados. El Buen Pastor, en cambio, ama con entrega total. Este modelo no solo debe inspirarnos, sino también definir toda identidad pastoral.

En **Jeremías 3:15** el Señor promete: *“Os daré pastores según mi corazón, que os apacienten con ciencia y con inteligencia”*. Estos pastores no son perfectos, pero están alineados con el carácter de Cristo. Ser un pastor según el corazón de Dios implica amar, sufrir y servir como lo hizo

Jesús. No se trata de cargar el ministerio con fuerzas humanas, sino de permitir que el carácter del Buen Pastor se forme en nosotros.

Jesús nunca negó las dificultades de seguirlo y servirlo, por eso dijo: *“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”* (Mateo 11:28). Él dijo que en este mundo padeceríamos aflicciones, pero que debemos confiar (Juan 16:33). El apóstol Pablo, por su parte, describió el ministerio como llevar *“un tesoro en vasos de barro”* (2 Corintios 4:7). Es una imagen de fragilidad y de gloria a la vez. El pastor, aunque llamado por Dios, sigue siendo humano, limitado y necesitado de gracia.

Pablo no fue pastor, sino apóstol, pero supo muy bien lo que fue sobrellevar todo tipo de aflicciones y pruebas durante su vida y ministerio, incluyendo encarcelamiento, azotes, apedreamientos, naufragios, ataques del sistema político, de ladrones, así como amenazas de judíos religiosos, de gentiles y de falsos cristianos. Además, contó haber sufrido hambre, sed, frío y muchos desvelos, y estaba constantemente preocupado por las diferentes congregaciones que él mismo asesoraba.

Pablo mismo escribió que todas esas aflicciones solo habían redundado en él en un mayor y enorme peso de gloria (2 Corintios 4:17). Fue él quien escribió el famoso versículo: *“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”* (Filipenses 4:13). Luego enseñó que, al final, toda debilidad manifestada ante las adversidades hizo que se manifestara en él el poder

de Cristo (**2 Corintios 12:9**). No hay dudas de que Pablo es el gran ejemplo para todo pastor que en algún momento se sienta débil y piense en abandonar el ministerio.

El descanso no está en dejar el llamado, sino en renovar las fuerzas en el Señor. Ignorar las alertas del alma conduce al agotamiento espiritual. Por eso, todo pastor debe aprender a cuidar su corazón, a tomar pausas de buen descanso, a rodearse del apoyo de colegas capaces de entenderlo, y a encontrar gozo no en los resultados, sino en la presencia de Dios.

En el Antiguo Testamento tenemos el ejemplo de alguien que no fue pastor y que ciertamente tuvo un carácter complicado, pero fue un gran siervo del Señor. Me refiero al profeta Elías, quien tras una gran victoria espiritual, cayó en una profunda depresión queriendo morir (**1 Reyes 19**). Elías se sintió solo, desanimado y deseoso de morir. Dios no lo reprendió por eso; al contrario, lo alimentó, le dio descanso, y luego lo restauró con una nueva comisión. Le mostró que no estaba solo y que aún quedaban siete mil que no habían doblado sus rodillas ante Baal.

Muchos pastores hoy sienten esa misma soledad. El aislamiento ministerial es una trampa peligrosa. Por eso, es vital cultivar relaciones significativas con otros siervos de Dios, buscar consejería cuando sea necesario y abrir el corazón en un ambiente seguro. La comunidad pastoral debería ser un refugio de renovación, pero lamentablemente,

los celos, la competencia y la falta de humildad están complicando esos ámbitos.

De todas maneras, no quiero generalizar. Supongo que debe haber algunos consejos pastorales que trabajan en una sana comunión espiritual. Que esto se produzca es fundamental para que los pastores puedan ser ministrados, fortalecidos y alentados por sus pares, que son justamente quienes los pueden entender como nadie.

Otra cosa que es fundamental es que los pastores cuenten con una autoridad espiritual que no sea solo institucional, sino alguien que pueda ejercer una verdadera paternidad espiritual. Ante esto, aclaro que creo perfectamente en la paternidad espiritual, como la que Pablo ejerció sobre Timoteo: una paternidad de servicio, de entrega verdadera y de amor fraternal.

Los hijos de Dios somos todos hermanos, nadie es padre de nadie; el único Padre es Dios. La paternidad espiritual es una virtud divina ejercida a través de los hombres, al igual que el pastorado, ya que nadie duda de que el pastorado exista, pero en realidad el único Pastor es Dios. Él es el Buen Pastor, solo que ejerce Su función a través de Sus hijos.

Toda función ministerial es ejercida por el Señor. Él es el único Apóstol, el Profeta, el Evangelista, el Pastor y el único Maestro; solo que ejerce esas potestades a través de algunos de Sus hijos, escogidos, llamados, equipados y

enviados a oficiar de canales para Su manifestación, permitiendo que Cristo mismo pueda ejercer Su voluntad a través de ellos.

El Nuevo Pacto no se gestiona a través de personas haciendo cosas para Dios, sino que se vive en Él (**Hechos 17:28**). Es el Espíritu del Señor el que hace Su obra a través de nosotros, lo cual es una dinámica clave para ejercer el ministerio con efectividad. No solo porque, en obediencia, el Señor puede capacitarnos y usarnos como canal para Su manifestación, sino que además puede fortalecernos con Su poder.

Es por esto que siempre insisto en la importancia de tener un llamado genuino y de obrar bajo una dependencia absoluta del Espíritu Santo. Esto nos garantiza un respaldo auténtico, porque el Señor, a quien llama respalda. Además, el mismo Espíritu que nos hace conscientes del llamado, nos capacita y fortalece para que podamos hacer Su voluntad.

Por otra parte, los pastores no deben evaluar su gestión por medio de los resultados, porque todo llamado pastoral está marcado por diferentes estaciones. Algunas son de siembra silenciosa, otras de aparentes sequías, y otras de cosechas abundantes. Los pastores deben aprender a ver cada estación espiritual con los ojos de la fe, no buscando resultados inmediatos, sino la paz que proviene de saber que están haciendo lo correcto.

El fruto verdadero es eterno, y muchas veces invisible a los ojos humanos. Toda recompensa divina llegará en el tiempo de Dios; solo debemos creer y trabajar con expectativas eternas. Cuando observamos el ministerio del apóstol Pablo, vemos que en su tiempo no evidenció ninguna efectividad visible. De hecho, gran parte de su ministerio lo ejerció en medio de persecuciones, abandonos, traiciones y cárceles. Muchas de sus cartas fueron escritas mientras estaba enfermo y solo, en una fría y húmeda prisión.

Hace poco vi un documental que mostraba la celda donde estuvo encarcelado Pablo. Ciertamente, da escalofríos pensar que alguien estuvo detenido en un lugar semejante. Supongo que, al enviar algunas de sus cartas, no tenía más expectativa que la de que llegaran a manos de aquellos a quienes pretendía enseñar algo. Seguramente nunca imaginó que serían leídas por millones y millones de personas en todo el mundo.

Cuando le escribió a Timoteo, le dijo: ***“En mi primera defensa, ninguno estuvo a mi lado, sino que todos me desampararon; no les sea tomado en cuenta. Pero el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen. Así fui librado de la boca del león”*** (2 Timoteo 4:16 y 17). Es claro que Pablo padeció la dureza de la cárcel y el dolor de la traición. Todo esto, sin evidencia alguna de contundentes resultados espirituales. Aun así, fue fortalecido por el Señor, y recién después de varios años de su muerte, se comenzó a ver y valorar la grandeza de su obra.

Pablo, al final de su carrera, pudo decir: ***“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe”*** (2 Timoteo 4:7). No dijo que siempre fue fácil, ni que siempre tuvo éxito visible. Dijo que fue fiel a su llamado, y que pudo, a pesar de todo, guardar su confianza en Aquel que lo había llamado.

Hoy en día, la realidad del mundo ha cambiado por completo. Algunos tenemos la bendición de vivir en territorios con libertad religiosa, mientras que otros hermanos deben lidiar con el dolor de practicar su fe en lugares oprimidos por la persecución y la hostilidad espiritual, pero aun así, la libertad general en el mundo es muy amplia. ¡Al menos por ahora!

Dios sigue llamando a Sus siervos a perseverar, cualquiera sea el lugar o la condición en que deban ejercer su ministerio. Seguramente, en algunos casos no debe ser nada fácil, pero siempre valdrá la pena gastarse para Dios. El Buen Pastor camina con nosotros, y cuando parece que estamos solos, Él está más cerca de lo que imaginamos.

Se vienen tiempos verdaderamente difíciles para todos. Estamos muy cerca de la manifestación global del gobierno del anticristo. Un nuevo orden mundial se está gestando poco a poco, y aunque algunos piensen que todavía estamos lejos de algo así, puedo asegurarles que solo estamos a una crisis de que todo se desate. Sin dudas, necesitaremos más que nunca ser equipados, alumbrados y sostenidos por el Señor.

Los pastores y líderes de las iglesias no hemos sido muy hábiles para lidiar con la ansiedad, la frustración, la falta de colaboración de la gente, los “bajos resultados”, y otros tantos desórdenes mentales y emocionales que nos llevan a la depresión, a adicciones de diferente índole, a veces a vivir una doble vida, e incluso hasta el punto en que muchos han pensado en el suicidio. La mayoría no lo ha intentado, pero hay una creciente estadística al respecto. Esto, aunque nos pese, es parte de una triste realidad que debemos aprender a superar en este tiempo.

Es por todo esto que me desvela la carga sobre los pastores. Está muy bien que todos puedan ejercer sus ministerios con pasión y entrega. Es bueno que lo den todo por las ovejas del Señor. Pero por sobre todas las cosas, para ser efectivos y no abandonar, es necesario que primeramente sean llenos de la presencia del Señor.

Todo pastor debe arder por la presencia del Señor. Debe obrar en la unción y no en sus propias fuerzas. Debe obtener de Él dirección para todo lo que haga, sabiduría espiritual para hablar y actuar conforme a Su voluntad. Debe buscar autoridad en la intimidad profunda, en el silencio de la soledad, en la quietud del secreto, en la impartición de Su presencia. Debe ser impregnado por el grato aroma de Cristo para afectar los ambientes, sin ser afectados por el hedor de las tinieblas.

Si quienes están leyendo estas páginas están considerando dejar el ministerio, recuerden que el llamado

no tuvo su origen en las buenas intenciones, sino en Dios. Recuerden la alegría de haber recibido el privilegio de servir al Rey de gloria. Recuerden que el que los llamó es fiel para sostenerlos. Miren de nuevo a Jesús; pongan sus ojos y su corazón solo en Él.

¡Paren ya! Dejen de hacer y de buscar cosas. Más bien, hagan una sola cosa: busquen en el silencio, en la quietud y en la intimidad, la presencia del Señor. Déjense impregnar por Su grato aroma. Renueven sus fuerzas en Su presencia, y recuerden que en la debilidad se manifiesta Su poder.

Los rebaños no son nuestros, las ovejas no son nuestras, y los campos tampoco. Nuestra parte es obedecer y permitirle hacer Su obra a través de nuestras vidas. Entonces, no solo conoceremos Su poder, sino también Su fortaleza.

Entregar las cargas a Jesús no es una frase romántica para dar esperanza, es una realidad espiritual. La carga del Señor es de Él, aunque nosotros somos expertos en quitársela para llevarla nosotros. Por eso, cuando llegan momentos en que el ministerio nos resulta particularmente agobiante, debemos orar al Señor con toda sinceridad, diciendo:

“Señor, Tú eres el Buen Pastor, la Iglesia es Tu redil y las ovejas son ovejas de Tu prado. Nosotros solo somos Tus siervos. Ayúdanos a pensar sabiamente. Guíanos por caminos de justicia. Fortalécenos con Tu poder y ten misericordia de nosotros, haciendo Tú lo que es agradable delante de Ti, por medio de Tu gracia. Amén.”

“Así que no pierdan la confianza, porque esta será grandemente recompensada. Ustedes necesitan perseverar para que, después de haber cumplido la voluntad de Dios, reciban lo que él ha prometido...”.

Hebreos 10:35 y 36

Capítulo cinco

LA IMPORTANCIA DE VIVIR TIEMPO COMPLETO

“¿No sabéis que los que trabajan en las cosas sagradas, comen del templo, y que los que sirven al altar, del altar participan? Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio.”

1 Corintios 9:13 y 14

En este tiempo, el enemigo está atacando duramente los conceptos financieros dentro de la Iglesia. Lo hace porque, en un sistema cuyo poder global es el financiero y que se mueve exclusivamente a través de las finanzas, una Iglesia sin recursos es solo un conjunto de buenas intenciones.

La Iglesia no necesita finanzas para ser más espiritual, ni para tener una mejor comunión con Dios, pero sí las necesita, si es que pretende avanzar dentro de un sistema que solo reconoce el dinero. Conquistar y transformar naciones por medio del poder del Evangelio no se logra con simples deseos. Esta tarea espiritual tiene implicaciones prácticas y

materiales, y una de las más críticas incluye imperiosamente la administración de las finanzas.

En un mundo donde todo requiere inversiones, la Iglesia necesita tecnología, edificios, medios de difusión, obreros, ayuda social, misiones, etc., las finanzas son importantes, y se convierten en un recurso estratégico que debe ser entendido, y administrado conforme a los principios bíblicos.

El dinero, lejos de ser un tema secular, es profundamente espiritual, porque revela prioridades, compromisos y fe. Jesús enseñó: ***“Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”*** (Mateo 6:21). Nada revela tanto lo que hay en el corazón de los hijos de Dios como las finanzas. Todo está muy bien con algunos, pero solo hasta que se les pide dinero, y ahí salta la verdad del problema que padecen. Esto es penoso, porque los que tienen problemas con las finanzas, son generalmente los que dicen que no les importa el dinero, pero es mentira, son los más tacaños.

El uso correcto del dinero es una evidencia de libertad y madurez espiritual. La Iglesia que ignora este principio caerá en uno de dos extremos: la pobreza disfuncional o el abuso materialista. La visión bíblica está en el equilibrio: el dinero como siervo del Reino, no como amo de la Iglesia.

La expansión de la Iglesia no es un asunto opcional: es un mandato. Y cada mandato divino trae consigo los recursos

del cielo, pero requiere la participación responsable del pueblo de Dios en la tierra. La Iglesia que entienda este principio no vivirá en escasez, sino en misión. No será esclava del sistema, sino luz en medio del sistema. Las finanzas son un medio espiritual poderoso para cumplir la visión eterna. Y cuando la Iglesia activa esta área con fe, obediencia y visión, el Reino se manifiesta con gloria, provisión y transformación.

El enemigo sabe que una Iglesia sin recursos es una Iglesia limitada, y por eso ha trabajado sutil y estratégicamente para distorsionar la perspectiva bíblica sobre las finanzas. Ha tratado de hacer ver las finanzas como algo poco espiritual, especialmente en este tiempo de redes sociales. Sin embargo, Dios no piensa de esa manera, porque la Biblia habla más sobre finanzas que sobre el cielo o el infierno.

Una de las mentiras más efectivas del enemigo es hacer creer que la pobreza es sinónimo de santidad. Muchos creyentes han adoptado la idea de que hablar de dinero es carnal o mundano, y que ser pobre es una señal de humildad espiritual. Pero la Biblia enseña mayordomía, no miseria. Jesús no vivió en pobreza extrema; tenía un ministerio sostenido económicamente (**Lucas 8:3**), y su túnica era tan valiosa que los soldados echaron suertes por ella, lo que indica que no vestía con harapos (**Juan 19:23 y 24**). La pobreza no glorifica a Dios; la obediencia sí.

El enemigo ha usado el mal testimonio de algunos líderes que manipulan a las personas con promesas falsas de prosperidad inmediata, o se han enriquecido obscenamente abusando de la generosidad del pueblo. Esto ha generado una reacción negativa que lleva a muchos a desconfiar totalmente del tema financiero en la Iglesia. Pero una Iglesia que se aleja del principio bíblico por temor al error, en lugar de redimirlo con la verdad, es una Iglesia carente de sabiduría espiritual.

Satanás siembra la idea de que el dinero es un asunto secular que no debe mezclarse con la fe. Esta mentalidad dualista de lo espiritual versus lo material, hace que muchos piensen que hablar de dinero dentro de la Iglesia “ensucia” lo sagrado. Pero en la cosmovisión bíblica, todo lo que el creyente hace es espiritual: estudiar, trabajar, disfrutar, administrar, sembrar, dar, planificar... Todo debe hacerse como para la gloria del Señor (**Colosenses 3:23**).

El enemigo quiere que la Iglesia viva con mentalidad de escasez: pensando solo en sobrevivir, mantener lo básico y no soñar con expansión. Esto produce una actitud pasiva, temerosa y sin visión. Una Iglesia con visión de Reino, en cambio, entiende que Dios quiere que **“abundemos para toda buena obra” (2 Corintios 9:8)**. La escasez limita la obra; pero la abundancia bien administrada la impulsa.

A través de las críticas a las iglesias o ministros que enseñan sobre finanzas, Satanás desvía el corazón de muchos creyentes hacia la acumulación personal. Estos aceptan fácilmente esas críticas por conveniencia, entrando en el

acuerdo de no colaborar generosamente con la obra. Así, adoptan un enfoque egoísta, en lugar de cultivar una visión de Reino. Esto rompe la cultura de generosidad y bloquea el fluir de los recursos en la Iglesia. El enemigo promueve el individualismo, la avaricia y el consumo egoísta para que el pueblo de Dios no vea la importancia de financiar la misión colectiva del Evangelio.

Comprender estas cosas es clave, porque no se puede tener pastores de primera otorgándoles posibilidades de segunda. Esto es muy lógico y no debería ni discutirse: no se puede ser profesional con una vida de aficionado.

Por ejemplo, los jugadores de fútbol no hacen más que jugar un partido a la semana, pero viven a tiempo completo para la práctica efectiva del deporte. Ganan buenos sueldos, desayunan, almuerzan y cenan como deportistas. Tienen gimnasios, máquinas de última tecnología, masajistas, especialistas físicos, hoteles donde concentran, instalaciones de primer nivel, se mueven en aviones y transportes de alta categoría... todo eso para jugar solo noventa minutos los domingos. Y nadie lo discute; de hecho, muchos se gozan con las cifras exorbitantes que cobran en cada transferencia. Sin embargo, a un ministro del Evangelio se le cuestiona duramente toda evidencia de bienestar.

Los jugadores de fútbol no tienen que pensar en otra cosa que no sea su partido, y cómo mejorar en todos los aspectos. En cambio, un pastor debe trabajar de albañil, plomero, carpintero, cocinero, viajante, comerciante, etc.,

durante todo el día. Luego, debe visitar hermanos, orar por ellos y brindar largas citas de consejería. Después, debe predicar un hermoso mensaje el domingo para toda la congregación y orar por todos los asistentes. Eso sí: si la reunión no estuvo muy buena, el único culpable es el pastor, que supuestamente “no estuvo muy ungido o iluminado”.

Esto es muy perverso, pero cuando un pastor trabaja fuera del ministerio, la gente lo mira como si su pastor fuera más honesto que otros pastores que trabajan para el ministerio a tiempo completo. Reitero: no estoy sugiriendo que los pastores deban cobrar los mismos sueldos que las estrellas del fútbol mundial, ni gozar de los mismos privilegios. Digo que deberían vivir dignamente y sin preocupaciones financieras, para que puedan ocuparse exclusivamente del avance de la obra.

El poderoso sistema global de hoy, donde todo es dominado por las leyes del mercado y nada es gratuito, sino que todo tiene un costo, no puede ser penetrado ni influenciado por una Iglesia que solo lo critica, pero luego le pide a los gobernantes un subsidio para conseguir un terrenito o cuatro chapas. La Iglesia que es tomada en cuenta es la que demuestra saber administrar, invertir y multiplicar sus recursos, mostrándose bendita. La fe no procura ignorar los costos, sino enfrentarlos con visión de Reino.

Cualquier empresa que hoy en día pretenda tener empleados de excelencia, debe considerar ofrecerles una muy buena remuneración. Cualquiera comprende eso, y nadie lo

discute. Pero en la Iglesia se pretende todo lo contrario: se relaciona perversamente la pobreza con la espiritualidad, lo cual es absolutamente diabólico.

Esa falsa conciencia fue sembrada por el catolicismo romano en la expansión del evangelio. Ellos avanzaron por el mundo involucrados en todas las colonizaciones, presentando un evangelio de falsa piedad. Enviaron monjes con oscuras sotanas, sandalias de cuero y modestos cinturones de soga. Estos monjes enseñaban los votos de pobreza y silencio, comían con utensilios de lata y luego cargaban el oro en los barcos para llevárselo a la corona, mientras edificaban y obtenían propiedades extraordinarias en todos los territorios en nombre de Dios.

No nos dejemos engañar por el enemigo. La Biblia dice claramente que no debemos poner bozal al buey que trilla (**1 Corintios 9:9**); que el que trabaja para el altar, debe comer del altar; y que el que predica el evangelio, debe vivir del evangelio (**1 Corintios 9:13-14**). Una Iglesia madura sostiene a sus ministros, permitiéndoles dedicarse de lleno a la obra sin depender del sistema laboral del mundo.

El apóstol Pablo fue sostenido por las iglesias que visitaba e impartía. Ellos entendieron que dar era parte de la obra misionera y un mandato divino (**Filipenses 4:15 al 17**). Donde hay recursos, la Palabra corre con mayor velocidad y alcance. Es verdad que Pablo supo vivir en escasez y en abundancia (**Filipenses 4:12**), pero usar ese versículo para justificar la pobreza en los ministros es perverso, sobre todo

en el sistema financiero que manejan la mayoría de las naciones hoy en día.

Fue el mismo apóstol Pablo quien estableció una verdad contundente: vivir del evangelio es un mandato divino, no una opción cultural ni un beneficio personal. La expresión *“así también ordenó el Señor”* se refiere a una instrucción con autoridad. El griego *“diatássō”* implica un decreto firme e innegociable. En este sentido, Dios diseñó el ministerio pastoral para que sus siervos puedan sostenerse materialmente mediante la misma obra a la que se dedican espiritualmente.

En el Antiguo Testamento, los sacerdotes y levitas no tenían herencia entre el pueblo porque el Señor era su herencia (**Números 18:20**). La tribu de Leví era sostenida por los diezmos y ofrendas de las otras tribus, como una forma establecida por Dios para que los que servían en el templo no tuvieran que buscar su sustento en el trabajo secular. Esto enseña que el ministerio es una vocación de dependencia total en la provisión divina, no un empleo con ingresos humanos alternativos.

Cuando un pastor o ministro vive del evangelio, tiene la libertad y la responsabilidad de entregarse por completo a su llamado. El tiempo, la energía y los recursos mentales que se dedicarían a una ocupación secular, son ahora consagrados a la oración, el estudio, la predicación, la consejería y el discipulado. Si pretendemos excelencia y pastores con olor a

Cristo, es necesario que puedan vivir a tiempo completo para Dios.

Hechos 6:4 revela esta prioridad: *“Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra”*. Cuando los apóstoles delegaron responsabilidades administrativas para no descuidar su llamado espiritual, establecieron un precedente para todo liderazgo ministerial. El trabajo espiritual requiere un enfoque total. No tenía nada de malo que los apóstoles atendieran las mesas de las viudas, y no tiene nada de malo que un pastor hoy en día se ocupe de diferentes tareas; pero eso roba el potencial para lo primordial, y no debemos caer en esa trampa.

La excelencia en el ministerio no viene solamente por el talento, sino por la entrega total. Un pastor que divide su vida entre dos vocaciones no puede rendir al nivel de uno que se ha consagrado totalmente al servicio de Dios y de su pueblo. La excelencia también incluye disponibilidad: un pastor a tiempo completo puede responder con prontitud a emergencias, crisis familiares, necesidades espirituales repentinas y demandas del rebaño, sin tener que negociar con horarios laborales seculares.

¿Qué harían ustedes si tuvieran que ser intervenidos quirúrgicamente y, de repente, el doctor les dijera: “Lo puedo operar el miércoles a la tarde, porque a la mañana trabajo de plomero”? ¿En verdad se operarían con alguien así? ¿No preferirían ser intervenidos por un profesional? Es más, ¿qué haríamos si el odontólogo nos dijera que realiza su trabajo

por las tardes, porque a la mañana hace trabajos de carpintería? ¿Se dejarían atender igual?

¿Por qué nos resulta tan fácil dar respuesta a ejemplos como estos, pero no aceptamos la lógica de la excelencia en pastores que trabajan a tiempo completo para Dios? Si un supuesto profesional ejerciera su trabajo en los ratos libres, lo tendríamos por mediocre o incapaz. Sin embargo, exigimos de los pastores que sean ungidos, sabios, comprometidos con el pueblo y absolutamente consagrados a Dios, mientras realizan trabajos particulares para sobrevivir.

El principio de sostener obreros a tiempo completo honra la provisión de Dios y dignifica el ministerio. No se trata de enriquecimiento, sino de sostenimiento justo. Pablo mismo lo dice: ***“Digno es el obrero de su salario”*** (Lucas 10:7), lo que implica que el trabajo ministerial es trabajo verdadero, con valor eterno y recompensa justa.

En su carta a los **Gálatas 6:6** Pablo enseñó: ***“El que es enseñado en la palabra, haga partícipe de toda cosa buena al que lo instruye”***. Esta colaboración entre el que ministra y el que es impartido es parte del diseño del Reino. El pueblo sostiene al pastor, y el pastor edifica al pueblo. Ambos son bendecidos al cumplir con fe las demandas del Señor, ese es el diseño divino.

Históricamente, las iglesias más saludables son aquellas que han entendido este principio y han sido

generosas con sus ministros. Cuando se honra al siervo de Dios, se honra al Dios del siervo. Este sistema también protege al ministro de la tentación de manipular recursos o de ejercer el ministerio con un peligroso desenfoque espiritual.

Pablo también advierte en **2 Timoteo 2:4**: *“Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado”*. El ministro que se enreda en otras actividades pierde efectividad en su llamado. Aunque puede haber excepciones temporales, como el mismo Pablo, que en ciertas circunstancias tuvo que fabricar tiendas, su ejemplo también deja en claro que tener a un apóstol como Pablo, ungido y cargado de revelación traída del tercer cielo, haciendo tiendas de campaña, era un verdadero desperdicio. Incluso, si en ese tiempo hubiera escrito otras cartas reveladoras, hoy tendríamos aún más material para aprender. Las tiendas que fabricó ya no existen, pero si hubiese escrito más, la Palabra habría permanecido eternamente junto a sus otras cartas.

El pastor que mantiene un trabajo secular por temor o por presión corre el riesgo de desgastarse, de reducir su tiempo con Dios y de ver menguada su autoridad espiritual. La Iglesia necesita pastores que estén disponibles, preparados y enfocados solo en el ministerio. No es pecado trabajar en otra cosa, incluso hay pastores que administran bien sus tiempos y se sienten cómodos con eso, pero de ninguna manera es lo mismo. Solo tendrían que probarlo para darse cuenta de la gran diferencia.

De hecho, hay pastores que se sienten más tranquilos y seguros teniendo sus trabajos particulares. Es lógico que se sientan mejor pagando sus cuentas con sus propios ingresos, pero eso no es lo que Dios desea. Es un gran paso de humildad tener que depender de otros para el sostén personal y familiar. Es más fácil ganarse el pan fuera de la Iglesia, para evitar críticas; pero es más espiritual tener la humildad de superar esas críticas en favor de la voluntad divina.

La doble ocupación también puede enviar un mensaje confuso a la congregación: si el pastor no vive por fe en el evangelio, ¿por qué deberían hacerlo los demás? La consagración parcial produce un discipulado débil, porque la gente automáticamente separa lo espiritual de lo secular, y eso no debe ser así. ***“Todo lo que no proviene de la fe es pecado” (Romanos 14:23)***; por lo tanto, la fe debe manifestarse en todas las áreas de nuestras vidas. Que el pastor viva por fe, y viva bien, es todo un testimonio de bendición sobrenatural.

El pastor que depende de Dios para su provisión enseña a la iglesia a confiar de la misma manera que él. Es un ejemplo viviente de que Dios realmente provee cuando caminamos en obediencia, y que sin afanarnos por qué comer o qué vestir, se puede vivir mejor, porque la bendición de Dios nos alcanza sin añadir tristeza ni sacrificio.

“Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.”

Filipenses 4:19

Este versículo fue dirigido a una iglesia que sostenía a un ministro como Pablo, y que por ello también tenía derecho a esperar la provisión divina. Es decir, cuando una congregación sostiene dignamente a su pastor a tiempo completo, comienza a experimentar provisión y prosperidad en todos sus miembros que obran generosamente. Dios aprueba y recompensa a quienes colaboran con la paga de sus obreros.

Es Dios quien llama, y es Dios quien sostiene, pero Él utiliza canales para ese sostén. Por eso recompensa a quienes se dejan usar. Cuando alguien honra a un siervo de Dios, está honrando al Señor que lo envió; por eso jamás quedará sin recompensa. Sin embargo, las iglesias que no sostienen a su pastor, y que creen que honran a Dios solo invirtiendo en instalaciones que ellos mismos utilizan, no serán recompensadas de la misma forma.

Los grandes avivamientos de la historia estuvieron marcados por hombres y mujeres que lo dejaron todo por el Reino. Su testimonio nos recuerda que la fe radical siempre produce fruto sobrenatural. Donde hay entrega total, hay respaldo total. Nunca veremos la misma unción en un ministro consagrado y enfocado solo en Dios, que en alguien dividido entre su llamado y sus preocupaciones personales.

El llamado al ministerio es total, no parcial. Si Dios llama a un matrimonio al pastorado, también se compromete a sostenerlos junto con su familia. La fe, la obediencia y la entrega son claves. Dios no abandona a sus siervos; al

contrario, los honra cuando se consagran de corazón completo. Por eso también se disgusta con aquellos que procuran impedir esta dinámica.

Amados pastores, el Reino necesita hombres dedicados por completo, impregnados con el grato aroma de Cristo. Ciertamente la mies es mucha, y los obreros que viven por fe y para el altar son pocos, pero esos pocos son instrumentos poderosos en las manos de Dios. Si alguien aún no ha aceptado el desafío de vivir tiempo completo para Dios, debe tomar una decisión en este tiempo: ¡dejen la barca en la orilla, tomen el cayado y caminen hacia la montaña para estar con el Padre! ¡Seguramente, al bajar, se sorprenderán de los resultados! Y no se preocupen por lo que comerá o vestirá la familia: Dios sabe cuáles son sus necesidades y es poderoso para suplirlas conforme a sus riquezas en gloria (**Filipenses 4:19**).

*“Bendito el hombre que confía en el Señor
y pone su confianza en él.
Será como un árbol plantado junto al agua,
que extiende sus raíces hacia la corriente;
no teme que llegue el calor,
y sus hojas están siempre verdes.
En época de sequía no se angustia,
y nunca deja de dar fruto.”*
Jeremías 17:7 y 8

Capítulo seis

IMPREGNADOS DE SU AROMA

“Nuestras vidas son la fragancia de Cristo que sube hasta Dios, pero esta fragancia se percibe de una manera diferente por los que se salvan y los que se pierden.”

2 Corintios 2:15 NTV

Vivimos en un mundo impregnado de diferentes olores, algunos muy agradables y otros verdaderamente ofensivos. Pero hay un aroma que trasciende lo físico, que no se percibe con la nariz, sino con el espíritu: es el olor de Cristo. Un perfume espiritual que emana de quienes han estado en comunión profunda con Él.

El mundo espiritual es profundo y complejo para nuestros sentidos naturales; por eso debe ser revelado y discernido espiritualmente. Jesús le dijo al maestro Nicodemo: *“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Juan 3:6)*. Estas son dos dimensiones diferentes. Pablo también enseñó que el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu, porque para

él son locura, y no las puede entender, ya que se han de discernir espiritualmente (**1 Corintios 2:14**).

Es en esa dimensión espiritual donde también se manifiestan los aromas espirituales, sean del Reino de Dios o del reino de las tinieblas. Estos últimos huelen a cosas como podredumbre, acidez, azufre quemado, sangre, alquitrán, entre otros. Estos olores afectan los ambientes, y aunque nuestros sentidos naturales no puedan captarlos, los cristianos, por la vida del Espíritu que opera en nosotros, podemos percibir la pesadez de esos lugares.

En el año 2005, un apóstol de la ciudad de Rosario, en la República Argentina, llamado Norberto Carlini, presidente y fundador del ministerio Santuario de Fe, se dirigía a Buenos Aires junto con tres pastores del ministerio, cuando sufrieron un terrible accidente automovilístico. Dos de esos pastores murieron en el accidente, y el apóstol Carlini estuvo internado en estado muy grave durante largo tiempo.

Luego de su milagrosa recuperación, el apóstol escribió un libro titulado “Entre el cielo y la tierra”, en el cual relata, junto a otras personas, todo lo vivido durante ese proceso. Una de las cosas que más me impactó fue que, estando en estado de inconsciencia, él podía discernir espiritualmente quiénes se acercaban a su cama.

Cuenta que, por momentos, sentía un olor putrefacto cuando algún desconocido se aproximaba, y un grato aroma cuando lo hacían hermanos de la iglesia. Fue entonces

cuando el Señor le enseñó que, en el mundo espiritual, somos reconocidos por el aroma.

Tal vez no seamos conscientes en todo momento de los aromas espirituales que gobiernan los ambientes, pero sin duda existen. En lo natural, es evidente que si un olor es grato, quienes visitan ese lugar se sienten complacidos; pero si el aroma es desagradable, todos querrán irse, o sufrirán la situación si no tienen más opción que quedarse.

En lo natural, los aromas gobiernan los ambientes y causan un efecto inevitable en las personas, sea para bien o para mal. En el mundo espiritual ocurre lo mismo: hay ambientes gratos, y también otros pesados, oscuros y que provocan gran malestar.

En **2 Corintios 2**, Pablo describe el ministerio cristiano como una procesión triunfal, donde Dios nos lleva en Cristo como vencedores. En esas procesiones romanas se esparcía incienso por las calles: para los soldados, era símbolo de victoria; pero para los prisioneros condenados, era el anuncio de su sentencia.

Así es el Evangelio: su fragancia revela vida a los que creen, pero también denuncia muerte a los que rechazan. Sin embargo, lo más glorioso es que, para Dios, más allá del efecto en los hombres, somos grato olor de Cristo. No por lo que hacemos, sino por lo que emanamos al portar Su presencia.

No se trata de un olor físico, pero sí real. Es la expresión espiritual de la presencia de Cristo en nosotros. Es el fruto de una vida impregnada del carácter del Hijo, moldeada por el Espíritu, llena del amor, la humildad, la verdad y la gloria de Dios. Ese olor se percibe en el mundo espiritual y atrae a los que aman a Dios, a la vez que irrita a los que resisten la verdad.

Este aroma no se aprende, ni se adquiere a manos de terceros; simplemente se absorbe en la presencia de Dios. Como Moisés, que descendía del monte con el rostro resplandeciente (**Éxodo 34:29**), así también el cristiano que pasa tiempo con Dios desciende perfumado de Su gloria. La intimidad con el Señor transforma nuestro interior y deja impregnado todo nuestro ser con Su esencia.

El perfume del nardo puro fue liberado cuando María rompió el vaso de alabastro (**Marcos 14:3**). Mientras no se rompan el orgullo, el yo y la autosuficiencia, no habrá fragancia. Dios derrama Su perfume en vasos quebrantados y rendidos, para que otros puedan oler Su aroma y los ambientes sean llenos de Su poder.

El pecado contamina el perfume, pero la santidad vivida en obediencia mantiene encendido el incensario. No se trata de una perfección sin errores, sino de caminar cada día buscando agradar a Dios, dejando que Su Palabra nos limpie y Su Espíritu nos guíe. Basta con honrar a Dios desde la honestidad del corazón, y Su gracia nos inundará.

Pablo dice que ese olor de Cristo que podemos manifestar es vida para los que se salvan y olor de muerte para los que se pierden. Es decir, no todos recibirán con gozo el perfume de Cristo en nosotros. Algunos se sentirán confrontados, molestos, incluso hostiles. No porque el aroma sea ofensivo en sí mismo, sino porque lo es para las tinieblas. Además, es un aroma que despierta conciencia, juicio y necesidad de arrepentimiento, y eso ciertamente incomoda.

Pero esto no debe desanimarnos. El enfoque del versículo es que, para Dios, somos grato olor, sin importar la reacción humana. El ministerio cristiano se trata ante todo, de agradar a Dios, no a los hombres. Ser cristianos verdaderamente ungidos implica dos reacciones por parte de las personas: algunos nos buscarán y se deleitarán con nuestra presencia, mientras que otros nos rechazarán, aun sin saber por qué. Eso fue exactamente lo que le ocurrió a Jesús.

Hoy, más que nunca, el mundo necesita cristianos que no solo hablen de Cristo, sino que huelan a Cristo. Que su carácter, su trato, su presencia, su servicio y vida privada revelen que han estado con Él. Que caminen como antorchas aromáticas, como templos ambulantes donde el incienso no cesa de ascender.

Este perfume no debería ser para unos pocos. En el diseño del Reino, es el llamado para todos los hijos de Dios: todos aquellos que anhelan vivir en comunión verdadera y profunda con el Señor. La idea es que todos podamos ser

identificados por esa unción, y no por simples apariencias físicas.

Cuando una persona se ha puesto un exquisito perfume, todos los que se acercan a ella pueden ser gratamente afectados. De hecho, muchos preguntarán qué perfume está usando. No sería necesario que esa persona anduviera mostrando el frasco para que todos se den cuenta de que lleva puesto un determinado aroma. Igualmente, los cristianos no necesitamos andar con una Biblia en la mano para que se note que somos cristianos. La idea es que la unción sea la que nos identifique.

Ser “grato olor de Cristo” es el resultado de una vida profundamente unida a Él. No es un esfuerzo humano, sino un reflejo espiritual. Es el testimonio silencioso pero poderoso de alguien que ha conocido a Jesús, y que ha permitido que Su fragancia lo transforme.

Hoy, más que nunca, Dios está buscando vidas que lleven ese perfume. Vidas que no huelan a religión muerta, ni a mundo, ni a orgullo espiritual, sino a Cristo. Los pastores deberían ser ejemplo de eso, porque son los representantes directos del Buen Pastor.

“Que el Dios de la esperanza los llene de toda alegría y paz a ustedes que creen en Él, para que rebosen de esperanza por el poder del Espíritu Santo.”

Romanos 15:13

La Iglesia no fue llamada a sobrevivir en medio de un mundo caído, sino a prevalecer con autoridad y testimonio. En un tiempo donde la oscuridad parece intensificarse, la única esperanza del pueblo de Dios no está en estrategias humanas ni en estructuras religiosas, sino en la persona del Espíritu Santo obrando en nosotros con plenitud y poder.

“Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos...”

Hechos 1:8

La hora es crítica. La sociedad está herida, desorientada, fracturada en sus fundamentos. La maldad ha dejado de esconderse. La confusión moral se celebra. Las generaciones jóvenes están siendo arrastradas por un torrente de mentiras. Pero Dios, en Su soberanía, ha puesto a Su Iglesia en medio de este tiempo difícil, no como víctima del caos, sino como portadora de una unción viva: que es nada menos que la presencia del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo no es un lujo espiritual ni una doctrina opcional. Es la fuente indispensable para vivir la vida cristiana de manera victoriosa. Jesús mismo, siendo el Hijo de Dios, no comenzó Su ministerio sin antes ser lleno del Espíritu (**Lucas 4:1**). ¿Cómo entonces pretender avanzar sin Su llenura?

De hecho, todo creyente que no viva lleno del Espíritu corre tres peligros fundamentales, en primer lugar puede terminar dependiendo de su carne para todo lo que haga o

decida. En segundo lugar puede pretender enfrentamientos con las tinieblas sin armas espirituales, y en tercer lugar, puede caer en un simple activismo religioso sin fruto eterno. Ante esto preguntaría: ¿Cuánto más los pastores sirviendo a Dios, deben procurar la llenura del Espíritu Santo? (**Efesios 5:18**).

Estamos rodeados de una cultura vaciada de Dios, pero saturada de entretenimiento, materialismo y confusión. En ese contexto, los creyentes debemos ser vasos llenos de la unción del Espíritu Santo. Cuando eso ocurre, nuestra mente es renovada continuamente, obtenemos sabiduría, y lucimos llenos de luz. Nuestro corazón arde por la voluntad de Dios, y nuestra boca no puede dejar de expresar palabras de vida.

Cuando estamos llenos del Espíritu Santo, nuestro carácter manifiesta a Cristo, nuestra autoridad espiritual se activa, los dones se evidencian y el fruto espiritual refleja Su presencia. Esto no es un suceso aislado, sino el resultado de un proceso que debe sostenerse en el tiempo.

Lamentablemente, muchos pastores, procurando atender las demandas de la gente, se distraen de la asignación primaria, que es la búsqueda de Su presencia. Cuando eso ocurre, se ocupan de la obra, pero no del Señor de la obra. Al final, terminan siendo poco efectivos y son afectados por el agobio, el desánimo y la frustración.

La llenura del Espíritu que necesitamos nada tiene que ver con el activismo, sino más bien con la quietud. No se

obtiene en un momento de éxtasis, sino a través de un estado permanente de rendición, y es lo que nos proporciona verdadero poder para la gestión ministerial. En **Hechos 1:8**, Jesús prometió poder para ser testigos; por tanto, el poder del Espíritu Santo no es para escapar del mundo, sino para equipar a los santos a fin de impactarlo verdaderamente. La Iglesia primitiva fue perseguida, pero nunca se apagó, porque estaba encendida por la presencia del Espíritu Santo. Y si hoy queremos ser efectivos, los pastores y líderes debemos ser los primeros en evidenciar esa llenura.

Hoy más que nunca necesitamos pastores que no diluyan el mensaje del Reino por causa de la presión social o la demanda de la gente; que no negocien la verdad por aceptación y simpatía; que no teman a nada, y que no tengan como asignación principal complacer a las ovejas, sino complacer primeramente al Señor.

La Iglesia de los últimos tiempos no será famosa, será ferviente. No será popular, será poderosa. No será aceptada por el mundo, será respaldada por el cielo. Los pastores no podemos darnos el permiso de vivir con el tanque espiritual medio vacío. El Espíritu Santo no es un recurso alternativo, es el protagonista del plan de Dios para que la Iglesia sea efectiva en este presente siglo malo.

Amados consiervos, cuando se sientan cansados, estresados, agobiados o abatidos, no continúen intentando cumplir sus tareas con sus propias fuerzas. No hay nada para dar cuando no estamos llenos del Espíritu Santo.

¡Deténganse, por favor! No piensen que las demandas de la gente o de la agenda ministerial se los impiden. Nada es más importante que el llamado del Señor a impregnarnos de Su aroma.

Trabajar secos, trabajar por inercia, no debe ser una opción; eso no le sirve a nadie. ¡Deténganse! Dejen que el Espíritu Santo los ministre, que los renueve, que los llene. Y entonces sí, la predicación volverá a ser fresca y las actividades volverán a cobrar sentido. No crean que la Iglesia se caerá si se detienen; al contrario, lo que se cae es aquello que carece de Su presencia.

No fueron llamados a morir por las ovejas, eso ya lo hizo Jesucristo. Nosotros somos llamados a morir a Sus pies, para que Su vida de resurrección pueda fluir con libertad. Hoy en día, hay demasiados pastores espiritualmente secos; por eso muchos procuran abandonar, e incluso pierden el deseo de seguir viviendo. En estos tiempos, una lamentable estadística de suicidios indica que muchos pastores se han rendido.

Esa no debe ser una opción. No debemos rendirnos ante la muerte, sino ante el Dador de la vida. No crean que el martirio debe venir de parte del rebaño. El diablo nos atacará, el sistema nos atacará, las aflicciones pueden aumentar, pero nadie merece nuestra vida más que nuestro Señor, Aquel que nos amó y nos tuvo por dignos de ser llamados al ministerio.

Amados pastores, no busquen viejos bosquejos de Charles Spurgeon para tratar de cumplir con la tarea de dar un buen sermón. No recurran a métodos y estructuras para intentar sostener la obra. Dejen que la unción del Espíritu Santo los vuelva a llenar con verdadero poder. Dejen que la presencia del Señor los impregne de ese aroma que gobierna ambientes y cambia circunstancias.

Los cimientos del mundo están temblando por causa de las tinieblas (**Salmo 82:5**). Las naciones están en convulsión y muchos cristianos confundidos demandan ser complacidos, sin la mínima intención de ofrecer un verdadero compromiso. No caigamos en esa trampa. Despertemos para despertarlos. Dejemos que el Señor nos perfume con Su presencia y evitemos ser impregnados con el olor de las ovejas. Por el contrario, perfumemos el rebaño con el aroma inconfundible del Señor.

“Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta lo último de la tierra.”

Hechos 1:8

Capítulo siete

INTIMIDAD ES EFECTIVIDAD

*“A los que te honran, tú les muestras cómo deben vivir.
Mientras vivan, les irá bien, y sus hijos heredarán la
tierra.*

*Tú, mi Dios, te haces amigo de aquellos que te honran, y
les das a conocer tu pacto.”*

Salmo 25:12 al 14 BLS

La intimidad es comunicación. Nadie podría decir que tiene intimidad con otra persona si no tiene un buen diálogo. Reconozco que algunos suelen utilizar esa expresión para referirse a quienes tienen relaciones sexuales, pero en realidad, cuando no hay verdadero amor, eso suele ser más superficial que cualquier otra cosa.

Yo deseo referirme a la intimidad con Dios en el sentido más lógico del término. De hecho, la palabra proviene del latín “*intimus*”, que significa “lo que se expresa desde el interior, lo más profundo”. En esencia, la intimidad se refiere a lo interno, privado y reservado.

Reitero que, tratándose de Dios, la intimidad es comunicación. Por eso, lo primero en lo que pensamos al hablar de intimidad con Dios es en la oración. El problema que observo en la Iglesia de hoy es que, aun aquello que se considera oración, suele ser superficial y carente de vida. Se puede orar todos los días como una disciplina, y aun así continuar sintiéndose espiritualmente secos.

Todos los pastores oran, y todos enseñan a su gente a orar, pero muchas veces estos mismos pastores están atravesando procesos de sequía espiritual: frustrados, agotados, estresados, con ganas de abandonar el ministerio. ¿Por qué? Porque oran a Dios, pero no oran con Dios, lo cual deseo explicar claramente.

En el ministerio es muy común tratar con personas que piden consejería, pero que en realidad no buscan un consejo: solo desean ser escuchadas. Lógicamente, para poder aconsejar, hay que escuchar a los hermanos. El problema surge cuando solo quieren hablar, contar sus problemas y expresar sus necesidades, pero no tienen interés en recibir orientación, o no saben escuchar.

Estos hermanos que actúan así con una autoridad espiritual visible, suelen actuar de la misma forma ante un Dios invisible. Cuando oran, hablan y hablan, pero no conocen a Dios como el Consejero (**Isaías 9:6**). Curiosamente, muchos pastores que padecen esta actitud por parte de los hermanos, actúan igual con el Señor. En la

oración presentan su lista de necesidades, pero no saben escuchar Su voz.

El problema de esto es que la oración se vuelve absolutamente superficial, y nadie es ministrado de esa manera. Es decir, un pastor puede orar todas las mañanas y aun así seguir sintiéndose frustrado, estresado y espiritualmente seco. Lo que necesita para salir de ese estado que tantos padecen es cultivar la intimidad con Dios, porque solo la intimidad nos vuelve efectivos.

Cuando la oración es un monólogo y carece de profundidad, se vuelve algo seco y rancio que deja un mal sabor. No importa cuántas veces repitamos palabras: todo suena como un disco rayado que ya no se puede disfrutar. Quienes caen en la desidia de creer que Dios es como el mago de la lámpara de Aladino, o como una máquina expendedora que “debe” soltar el producto después de recibir una moneda, solo padecerán frustración.

Dios no contesta ni complace los deseos como un mago; tampoco es una máquina perezosa a la que hay que golpear si no responde. Quienes se acercan a esas máquinas solo buscan obtener algo, sin observar siquiera el color de la máquina, mucho menos intentar conocerla o establecer amistad. Eso tiene sentido tratándose de una máquina, pero no cuando se trata de Dios.

Cuando los cristianos oran de esa manera, sean pastores o no, comienzan a sentir que la oración, lejos de

refrescarlos, se convierte en una carga insoportable. Una tarea que deben cumplir diariamente, sin deseo alguno. Claro, nos enseñaron que hay que hacerlo, y cumplimos con esa asignación, porque no hacerlo nos haría sentir peor. Pero no hay ningún deleite en la oración superficial: solo el deseo de terminar, con la sensación de haber cumplido.

Generalmente no se dice esto en voz alta, porque se supone que todos debemos disfrutar la oración, y sugerir lo contrario suena carnal. Pero en el fondo, aunque nadie lo diga, muchos hermanos se sienten hipócritas, porque oran cada día, sin disfrutarlo, sin desearlo, y sin obtener resultados.

Esto es aún más común entre pastores, quienes son los encargados de enseñar sobre la oración, de exhortar al pueblo a buscar a Dios, y por eso serían los últimos en admitir que para ellos la oración se ha vuelto un peso insoportable. Una obligación que, lejos de elevarlos, los hunde en frustración.

No digo esto para juzgar a nadie, sino porque yo mismo he vivido esa experiencia. Yo también sufrí esa oración obligatoria y superficial. Hasta que un día no pude más, y me detuve para sincerarme, pedir perdón a Dios, y encontrar un cambio en mi forma de orar. Anhelaba dejar de orar a Dios para comenzar a orar con Dios, en verdadera intimidad.

Deseaba que la oración dejara de ser una insoportable seguidilla de palabras y peticiones sin respuestas, y se

convirtiera en una comunión profunda. Un vaciamiento mutuo de corazón a corazón, hasta que ambos corazones latieran como uno solo. Que no solo yo pudiera atravesar las distancias espirituales, sino que Su delicada presencia pudiera atravesarme a mí.

Lo primero que tuve que resolver fue alimentar mi conciencia con una verdad asumida, pero no revelada: la omnipresencia de Dios. No se puede tener intimidad con alguien que uno no cree que está presente. Y aunque parezca absurdo, este es un problema común. Todos sabemos que Dios es omnipresente, pero muchas veces oramos sin verdadera conciencia de Su presencia.

Podemos hablar pensando que nuestras oraciones deben atravesar las galaxias hasta llegar al trono de Dios, pero olvidamos que Él está, no solo en nuestra habitación, sino dentro de nuestro corazón. Reitero: no hablo de información, sino de verdadera revelación de esta verdad eterna.

Esta revelación es la que nos permite comprender que Dios escucha y conoce la profundidad de nuestro corazón. Esto implica atravesar la barrera del entendimiento para darnos cuenta de que no son nuestras palabras las que hacen efectiva la oración, sino nuestro corazón, como el órgano de nuestra comunicación sincera y efectiva.

Esto es muy trascendente, porque cambia de raíz la esencia de nuestras oraciones. Es decir, no importa tanto qué

palabras utilicemos para expresarnos delante de Dios, sino lo que está ocurriendo en lo profundo de nuestro corazón. Con esto, no estoy menospreciando nuestras palabras, sino afirmando que ellas deben estar alineadas con el corazón; de lo contrario, es mejor evitarlas.

Las palabras pueden ser un buen vehículo para transportar verdades profundas, o pueden ser un vehículo vacío que viaja hacia destinos intrascendentes. Una persona puede decirnos que nos quiere como una simple expresión espontánea. Tal vez no intenta mentirnos, pero sus palabras pueden carecer de verdadero contenido emocional.

Por otra parte, alguien puede decirnos que nos quiere, siendo esto una mentira malintencionada. O puede que alguien nos diga que nos quiere, y esa expresión sea sincera y profunda, nacida desde lo íntimo del corazón. En todos los casos, las palabras pueden ser exactamente las mismas, pero la esencia de esa expresión es absolutamente diferente, y eso es lo que Dios percibe de nosotros con total claridad.

Hay oraciones muy expresivas, muy elaboradas, incluso cargadas de brillante verborragia, pero vacías de verdad, carentes de contenido espiritual, o simplemente superficiales. Por eso, muchas oraciones parecen no atravesar el cielo raso del lugar donde estamos, y se sienten como un monólogo sin retorno alguno.

Si logramos hablar el lenguaje del corazón, con palabras o sin palabras, hablaremos el lenguaje de Dios. Esta

es la condición fundamental para pasar al siguiente nivel de oración: aprender a escuchar a Dios. Y esto tampoco consiste en buscar Sus palabras, sino el latido de Su corazón. Es llegar a comunicarnos con Él y a comprender lo que desea, aun sin escuchar palabras ni recibir señales visibles.

Cuando alcanzamos esto, comprendemos la verdad de un velo rasgado, de un camino nuevo y vivo que nos otorga acceso a Su presencia y a sutiles inspiraciones o movimientos en nuestro espíritu, que provienen de lo profundo del corazón de Dios y nos permiten discernir Su voluntad.

“Sin embargo, como está escrito:

Ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ninguna mente humana ha concebido lo que Dios ha preparado para quienes lo aman.

Ahora bien, Dios nos ha revelado esto por medio de su Espíritu, pues el Espíritu lo examina todo, hasta las profundidades de Dios.

En efecto, ¿quién conoce los pensamientos del ser humano sino su propio espíritu que está en él?

Así mismo, nadie conoce los pensamientos de Dios sino el Espíritu de Dios.

Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que procede de Dios, para que entendamos lo que por su gracia él nos ha concedido.”

1 Corintios 2:9 al 12 NVI

El apóstol Pablo afirma que hay cosas que nadie vio, que nadie oyó, y que ni siquiera han subido al corazón del

hombre; por lo tanto, nadie puede decírnoslas. Si somos superficiales, procuraremos que alguien nos diga lo que Dios mismo ha dicho que nadie sabe. En tal caso, creo que se nos está haciendo un claro llamado a una búsqueda profunda de esos misterios espirituales.

Pablo sigue diciendo que no hay canal humano que pueda comunicarnos ciertas verdades, pero que el Espíritu de Dios, que conoce lo profundo del corazón del Padre, es el único que puede revelarnos esos misterios y alumbrar nuestro entendimiento acerca de la voluntad de Dios, que es buena, agradable y perfecta.

Si somos superficiales, hablaremos mucho sin expresar verdades, y buscaremos que alguien nos dé una salida, o que la Biblia se convierta en un supuesto “manual del fabricante”. Pero, amados hermanos, un manual escrito para usuarios sirve para aprender a usar un electrodoméstico, no para activar espiritualmente la sabiduría de vida.

Un manual no tiene vida, así como no la tenían las tablas de piedra que Moisés bajó del monte. Un electrodoméstico no tiene vida; por eso, al presionar los botones adecuados, puede funcionar. Pero las personas están vivas, y no hay botones para la revelación. La gente no funciona con un manual, y el claro ejemplo de esto fue nada menos que Israel. Ellos tuvieron el manual de piedra, pero solo les produjo muerte y condenación.

Si el Espíritu de Dios no nos vivifica la Palabra, solo tendremos un manual. Y si no se nos revela lo profundo del corazón del Padre, solo buscaremos un versículo para tomar decisiones, pero no tendremos discernimiento alguno. Esto es aún peor que los vellones de Gedeón. Por eso, muchos hermanos y pastores oran, pero luego hacen lo que creen que deben hacer, buscando en la lógica lo que deberían encontrar en los misterios profundos del corazón del Padre.

Solo cuando dominamos el delicado lenguaje del corazón, es cuando verdaderamente estamos hablando con Dios, intercambiando en la intimidad deseos, sentimientos y voluntades. Esto no se puede practicar como el cumplimiento de una tarea forzada, ni en el monólogo repetido de quienes pretenden ser escuchados. Esto es el fruto de una intimidad buscada, sincera, deseada y valorada en sumo grado.

La evidencia de que hemos sido tocados en esa íntima profundidad espiritual, es que sentimos una inexplicable sensación de abandono en la presencia del Señor. Digo que es inexplicable porque, sea que el Señor nos conduzca a la entrega del monte Moriah, a la gloria del monte de la transfiguración, o a la cruz del monte Calvario, nos sentimos rendidos, pero seguros; confiados en el amor de Dios, llenos de fe para atravesar lo que sea, aun con una inigualable resignación.

Las muchas palabras en el atrio exterior del tabernáculo de Moisés no se comparaban con el silencio absoluto del lugar santísimo. El sumo sacerdote podía ser un

hombre común, pero solo hasta que se vestía con las ropas sagradas y pasaba por los rituales de santificación. Hablaba normalmente, pero al entrar al lugar santo, sus palabras se transformaban en reverencia. Y al traspasar al lugar santísimo, ya no había lámparas encendidas por hombres ni palabras posibles, solo silencio. Solo la luz de Dios. Solo el abandono ante el resplandor de una gloria inexplicable que generaba temor y reverencia absoluta.

“Los secretos del Señor son para los que le temen, y en lo íntimo les dará a conocer Su pacto.”

Salmo 25:14 LBLA

En el Nuevo Pacto, todos somos sacerdotes y todos somos el tabernáculo de Dios. El atrio exterior es nuestra carne; el altar del sacrificio, la revelación de la cruz. El lugar santo representa el interior de nuestra alma; allí habita la revelación, la santidad y la verdadera adoración. El lugar santísimo simboliza la profundidad espiritual de nuestro nuevo corazón. Ahí no hay palabras. Solo hay temor reverente, abandono, entrega, confianza y aceptación.

No se trata de las muchas palabras dichas de rodillas, ni del compromiso de una hora de oración, ni de una lista de peticiones o del peso de nuestras cargas. Es el intercambio profundo con Dios. Es cuando nuestro corazón es tocado por Su corazón. Es la más extraña oscuridad atravesada por Su Luz. Es el abandono de nuestras voluntades ante la certeza de Su amor. Es la revelación que garantiza que saldremos muy

distintos a como entramos. Es la garantía de nuestra efectividad.

Todo el ruido que acosaba nuestra mente y todo el estrés que retorció nuestro estómago es jalado por la mano de un Dios amoroso que nos hace saber, sin palabras, que Él tiene todo bajo control, que aun nuestros cabellos están contados por Él. Reitero, no me refiero a palabras audibles ni a explicaciones de Su parte. Dios no tiene nada que explicar. En Su luz, vemos la luz (**Salmo 36:9**), y aun en la más densa oscuridad que estemos atravesando, logramos ver que Él simplemente está, y con eso basta.

No se puede explicar de forma intelectual, pero aun si estamos como Elías, deseando morir, Su toque es como alimento que nos fortalece, como el impulso que nos pone en pie, porque largo camino nos resta. Es difícil de describir, porque está más cerca de lo que pensamos, y a la vez, tan lejos que no se puede encontrar mediante tediosas oraciones reiterativas y cargadas de vana palabrería.

En lo profundo de la oración espiritual hay una confesión no forzada, verdadera y sentida, porque Su sola presencia revela Su santidad, y produce una clara convicción de pecado, incluso de aquellas cosas que no habíamos considerado como importantes u ofensivas.

Él es Amor, y es un Dios lleno de Gracia y de Verdad. Él permite que un torrente de agua pura corra desde Su trono, atravesándonos y limpiándonos de toda suciedad. Sentimos

que aun nuestro organismo se purifica, y es entonces que podemos sentir Su abrazo sin culpa alguna. Es entonces cuando nuestras rodillas no son capaces de sostenernos, y nos derretimos en Sus brazos. No puedo explicar esta sensación, pero es como estar en el aire, cubiertos y sostenidos por Su amor.

Amados hermanos, no sé si tengo la habilidad de poner en palabras lo que creo que todos los pastores necesitamos. Porque solo es en la práctica de una intimidad como esta que Dios puede impregnarnos de Su olor. Ese inigualable aroma que nos permite movernos en campos oscuros y contaminados, entre ovejas sanas o infectadas, limpias o con cascarria (lana impregnada de orina, estiércol y barro), y que, en lugar de ser afectados por ese hedor, podamos seguir manteniendo el grato aroma de Cristo.

Creo que ha quedado claro que no he pretendido decir que los pastores deben evitar estar con las ovejas, porque no es eso lo que creo. Pero sí pienso, enseño y exhorto a todo pastor a enfocarse primeramente en buscar la práctica de una profunda comunión espiritual con el Señor, y ser llenos de Su olor. Porque los olores ciertamente gobiernan ambientes, y no debemos oler a problemas, a demandas, a conflictos, a caprichos o a simple humanismo. Debemos oler a Cristo, nuestro Señor y Rey.

Cuando logramos caminar con el grato aroma del Señor, seremos de bendición para todas las ovejas de Su prado, es decir, para todos nuestros hermanos. Ellos no

necesitan estar con alguien que huela como ellos; necesitan a alguien con un aroma diferente, que les despierte un deseo incontenible de buscar ese mismo perfume para sí mismos.

La idea es que todos los hijos de Dios podamos ser un grato aroma a Cristo, no solo unos pocos escogidos. Tampoco podemos ser efectivos en impactar al mundo si nuestro olor proviene de sus cloacas. El mundo huele muy mal, y más aún en este tiempo. Por eso, la Iglesia debe gobernar los ambientes esparciendo el aroma del Reino.

Siempre he dicho que debemos aprender de las alegorías enseñadas por Jesucristo, pero llevarlas al contexto de la verdad espiritual que Él ha querido transmitirnos. Es decir, el pastor, las ovejas, el rebaño y los olores deben ser comprendidos en la dimensión de un pueblo santo, sabio, de hijos que han conocido Su gracia y Su verdad, y que ahora, llenos de Su presencia, pueden manifestar a Cristo hasta lo último de la tierra.

No se puede pretender esto sin la práctica de una profunda comunión con el Señor. Y los primeros que deben procurar esto son los pastores. Luego, deben conducir al pueblo a esos lugares de impartición divina, capaces de transformarnos para ser un pueblo santo y efectivo en su gran comisión.

“Señor, considera sus amenazas, y permite que tus siervos hablen tu palabra con toda confianza, mientras extiendes tu mano para que se hagan curaciones, señales y

***prodigios mediante el nombre de tu santo siervo Jesús.
Después que oraron, el lugar donde estaban reunidos
tembló, y todos fueron llenos del Espíritu Santo y
hablaban la palabra de Dios con valor.”***

Hechos 4:29 al 31 LBLA

CONCLUSIÓN FINAL

“Dios mío, tú eres mi Dios. Con ansias te busco desde que amanece, como quien busca una fuente en el más ardiente desierto. ¡Quiero verte en tu santuario, y contemplar tu poder y tu grandeza!

Más que vivir, prefiero que me ames. Te alabaré con mis labios. ¡Mientras viva te alabaré! ¡Alzaré mis manos para alabarte! ¡Con mis labios te alabaré y daré gritos de alegría! ¡Eso me dejará más satisfecho que la comida más deliciosa!

Salmo 63:1 al 5 BLS

Al concluir este viaje de reflexión sobre la vida pastoral y la profunda intimidad con Dios, me atrevo a afirmar que la verdadera esencia de nuestro ministerio no radica en las estrategias, los métodos ni los logros visibles. La clave está en nuestra comunión sincera con el Señor. Es en Su presencia donde somos transformados y capacitados para llevar el aroma de Cristo a cada rincón de nuestra vida y a cada oveja que hemos sido llamados a cuidar.

La tarea de pastorear, en su forma más pura, no se trata de ejercer poder o control, sino de reflejar la gloria de Dios a través de nuestra relación con Él. A lo largo de este libro, he tratado de transmitir la urgencia de la unción, la sabiduría y la pasión por buscar la comunión profunda con el Señor,

porque solo en Su presencia podemos ser verdaderos portadores de Su aroma. Un aroma que no proviene de nuestras fuerzas ni de nuestra habilidad humana, sino del Espíritu Santo que mora en nosotros.

Es crucial que, como pastores, entendamos que nuestro llamado no es solo a predicar o administrar, sino a ser ejemplos vivos de lo que significa vivir en el misterio del corazón de Dios. Cuando caminamos en la verdad de esta comunión, no solo somos bendecidos, sino que nos convertimos en canales a través de los cuales Dios puede impactar a Su pueblo y al mundo. Nuestro olor, que es el reflejo del Cristo que mora en nosotros, tiene el poder de transformar corazones y renovar vidas.

A medida que buscamos la revelación del corazón de Dios, nos sumergimos en una vida de oración, meditación y obediencia que va más allá de las palabras. En el lugar santísimo de nuestra relación con Él, nuestras oraciones no son monólogos, sino intercambios íntimos en los que Su voluntad se revela y nuestra voluntad se alinea con la Suya. En ese espacio, experimentamos una transformación profunda que nos capacita para ser testigos de Su gracia y DE Su verdad.

Es importante recordar que el aroma de Cristo no es algo que podamos producir por nosotros mismos; es el resultado de una vida rendida a Su voluntad, una vida marcada por la santidad y la adoración genuina. Este aroma es el que nos lleva a ser instrumentos de cambio en un mundo

que necesita desesperadamente el toque de Dios. Y si algo he querido transmitir a lo largo de este libro, es que no hay ministerio fructífero sin una vida llena del Espíritu, sin una vida que haya sido tocada por la gracia transformadora de Cristo.

Finalmente, mi exhortación a cada pastor, líder y hermano en la fe, es que nunca descuidemos nuestra comunión con Dios. No permitamos que las demandas del ministerio nos alejen de la fuente de vida. Debemos priorizar la intimidad con el Señor, ser siempre conscientes de la necesidad de Su presencia y vivir como aquellos que han sido llamados a reflejar el aroma de Cristo, no solo en lo que hacemos, sino en quiénes somos.

Si podemos ser un pueblo que vive y respira con el aroma de Cristo, impactaremos al mundo de una manera que va más allá de nuestras capacidades humanas. Porque no es el trabajo que hacemos, sino el Espíritu que habita en nosotros, lo que cambiará vidas.

Que cada pastor, cada líder, y cada creyente, pueda experimentar la presencia profunda del Señor, ser renovado por Su Espíritu y llevar el aroma de Cristo al mundo con humildad, poder y amor.

Oración Final:

Amado Padre celestial, Te damos gracias por Tu presencia constante, por Tu Espíritu que nos guía, nos fortalece y nos renueva. Te agradecemos por habernos llamado a ser pastores, ministros de Tu amor y embajadores de Tu Reino en esta tierra. Nos reconocemos insuficientes y dependientes de Ti, para cumplir con la tarea que nos has encomendado.

Te pedimos que sigas obrando en nosotros, transformando nuestros corazones, afinando nuestras sensibilidades espirituales, y llenándonos con Tu Santo Espíritu. Que podamos oler a Cristo en todo momento, en cada palabra, en cada acción, en cada decisión. Que Tu presencia, Señor, sea el perfume que emane de nuestras vidas y que impacte a aquellos a quienes servimos.

Ayúdanos a vivir con la convicción de que nuestra vida ministerial debe ser una extensión de nuestra comunión contigo. No queremos ser pastores que trabajen en su propia fuerza, sino aquellos que descansan en Tu sabiduría y en Tu poder. Que nuestra dedicación a Ti sea siempre lo primero, y que a través de nuestra comunión profunda y verdadera contigo, podamos llevar a nuestras congregaciones a un lugar de transformación.

Te pedimos, Señor, que nos sigas equipando para ser líderes fieles, para mantenernos firmes en tiempos de dificultad, y para nunca perder de vista el llamado que nos

has dado. Que podamos ser instrumentos de Tu paz y de Tu verdad, y que siempre, en todo lo que hagamos, Tu gloria sea nuestra máxima motivación.

Te damos todo el honor y la gloria, en el nombre de Jesucristo, nuestro Señor y Salvador. Amén.

¡Refúgiense en el Señor y en su fuerza!

¡Busquen siempre Su presencia!

1 Crónicas 16:11

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda

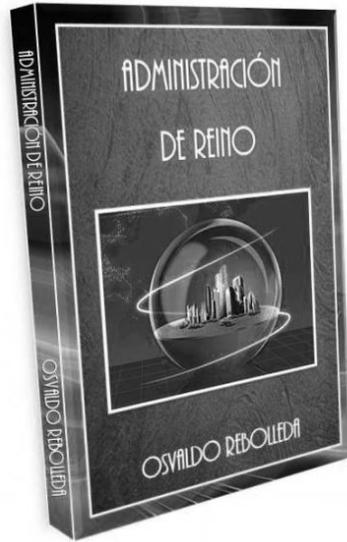
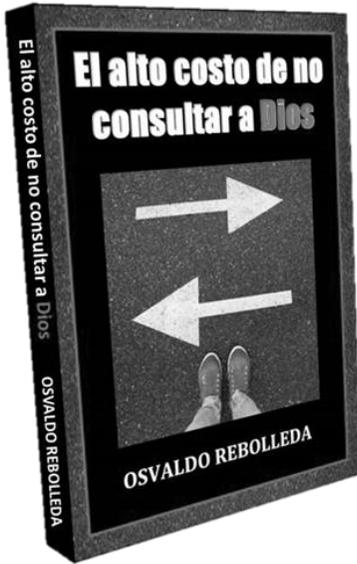


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

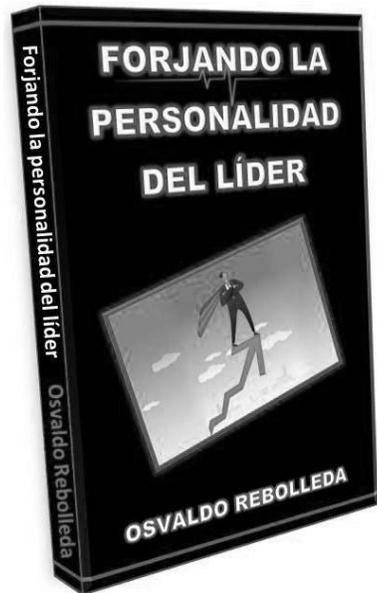
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un **Doctorado Honoris Causa en Divinidades de La Universidad teológica de Estados Unidos.** Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina Y hasta lo último de la tierra.

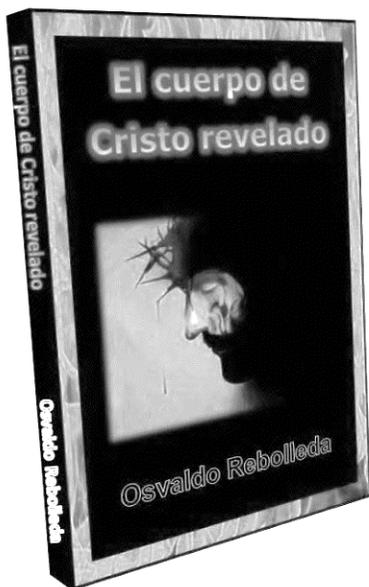
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



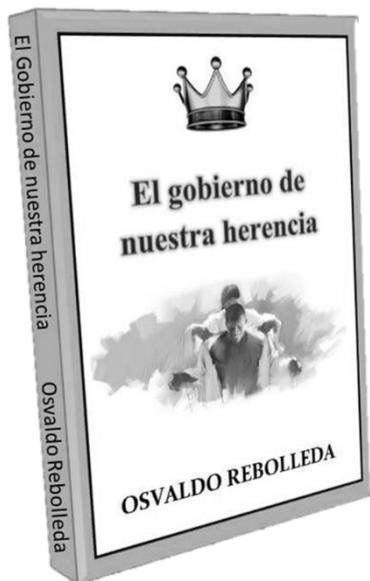
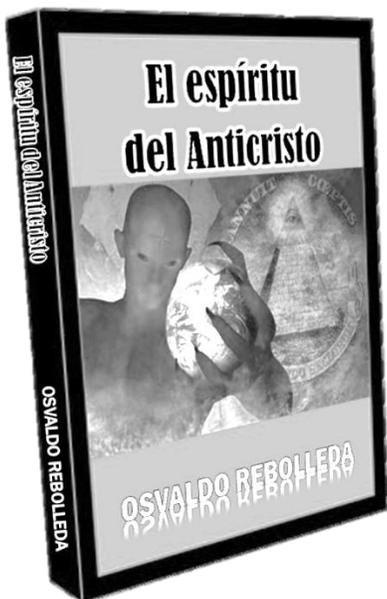
www.osvaldorebolleda.com



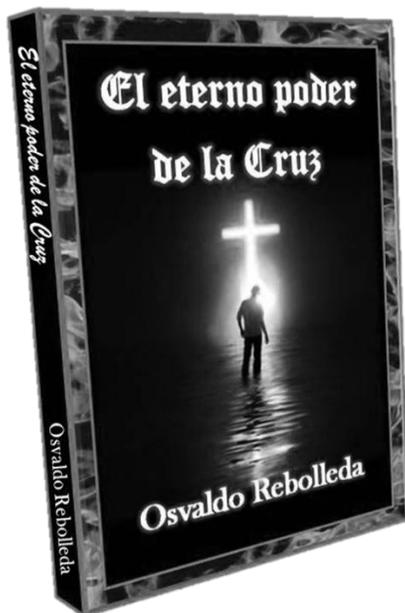


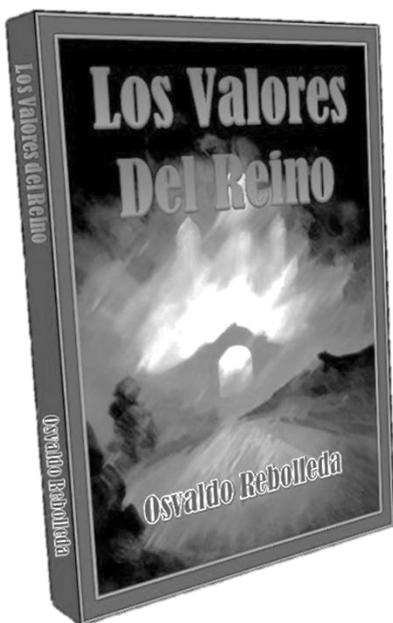
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

